



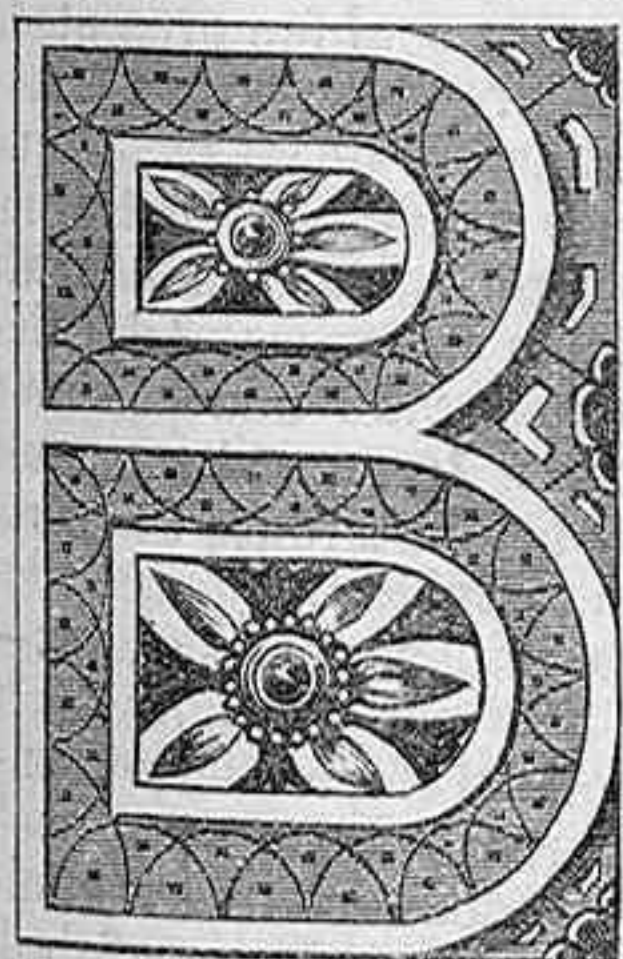
NUM. 42.

PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 21 DE OCTUBRE DE 1866.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos. AÑO X.

REVISTA DE LA SEMANA.



bien venido sea al pueblo de sus primeros triunfos el cantor de nuestras viejas glorias!

El lunes 15, á las nueve y media de la mañana, llegó de Valladolid nuestro amigo estimadísimo y respetado el señor don José Zorrilla, á quien tuvimos la satisfacción de dar un estrecho abrazo en el momento de apearse del tren. Don Eusebio Asquerino, única persona que nos habia ganado por la mano, saludó al poeta en nombre de los literatos, amigos y admiradores que, en gran número, en la estacion del ferro-carril del Norte le esperaban. Allí vimos á los señores Alarcon, Hostos, Vidart, Llofriu y Sagrera, Huelves, Diaz, Santisteban, Balart, Retes, Pedrosa, Albuérne, Rico y Amat, Inza, Marco, Roca, empresario del *Príncipe*, Delgado, primer actor del mismo teatro, gran parte de los socios del Liceo Español, y otros muchos, cuya enumeracion seria interminable. Momentos antes de la llegada del poeta, se habia abierto una suscripcion voluntaria, con objeto de costear una serenata, á cuyo efecto pasaron el baron de Andilla, Asquerino (don Eduardo) Nuñez de Arce, Ortiz Amor y un oficial del gobierno civil, á solicitar del señor capitán general el permiso correspondiente que, en efecto, concedió, viéndose, en consecuencia, á las diez de la noche así la plazuela de San Ginés, donde tiene su habitacion el poeta, como las calles inmediatas, llenas de un inmenso gentío. Ya por la mañana, desde la estacion le habian seguido á pie mas de trescientas personas hasta su casa, porque el poeta, á quien sus amigos tenian dispuesto un carruaje, no quiso privarse de la compañía de los que habian acudido á esperarle y fe-

licitarle. Y en verdad que celebramos en el alma esta determinacion; es preciso crear costumbres en el mundo del arte, y aprovechar cuantas ocasiones se presentan de rendirle culto; no de otra manera ha de conseguirse que resuciten el entusiasmo y la fe, la fraternidad y el espíritu de tolerancia que produjeron preciados frutos durante la evolucion romántica. ¡Ojalá con la llegada de Zorrilla, uno de los primeros, y de seguro el mas popular atleta de aquellas nobles y fecundas lides, se crease un gran liceo donde, en union de los campeones de tan magnífico período, pudiese lucir sus armas la nueva generacion! Las reuniones que años atrás se celebraron en la casa del señor Cruzada Villamil, cuyas puertas estaban francas para todos los ingenios, fueron un ensayo felicísimo de lo que entre nosotros puede llegar á ser esta especie de certámenes. La prensa de Madrid, que con frecuencia aboga por los grandes intereses intelectuales, no de los menos sagrados y permanentes de un pueblo, podria hacer mucho en la ocasion presente, invitando al poeta, á quien con tanto cariño ha saludado, á que tome la iniciativa en el asunto; él, como ninguno, podria asociar todos los elementos necesarios, que hoy se encuentran dispersos, y, sin mas que el apoyo de su nombre, sin abandonar los trabajos en que haya de ocuparse, constituir un gran centro que diese al pais y á los extranjeros, sobre todo, una idea fiel de la poesia española contemporánea y de las letras en general, cuya cacareada decadencia es muy disputable.

Se nos olvidaba decir que, entre los acuerdos tomados en la estacion del Norte, se cuenta el de otra suscripcion voluntaria, con el objeto de reunir fondos para hacer al poeta el obsequio que mas adelante se determine por los señores que á ella contribuyan. Los puntos designados son la libreria de Gaspar y Roig, calle del *Príncipe*, y la casa del baron de Andilla.

Poco notable tenemos que consignar en esta *Revista*, respecto de lo ocurrido durante los últimos dias, así en España como en el extranjero. Canjeadas en Viena las ratificaciones del tratado de paz entre Austria é Italia, los italianos han principiado á ocupar algunas de las plazas y pueblos del cuadrilátero. A pesar del tiempo trascurrido desde la insurreccion de Palermo, hay cierta oscuridad en lo que allí y en el resto de la isla ha pasado. Los partidarios de Francisco II atribuyen los sucesos á los republicanos, éstos á su vez cuelgan el milagro á aquellos, y no falta quien asegura que entre

los insurgentes habia de todo, como en botica. Lo cierto es que entre el arzobispo de Palermo y el general Cadorna se ha empeñado una polémica, de que da cuenta la prensa de esta córte, en la que, al paso que el primero acusa á los periódicos de ideas avanzadas de haber promovido con su propaganda la rebelion, el segundo culpa al clero secular y regular, y aun á las monjas, no sólo de haber instigado á los revoltosos, sino de haberlos acaudillado. La polémica no deja de ser motivada, pues al fin y al cabo, nadie quiere echarse encima la responsabilidad de las terribles escenas que allí se han visto, y los 200 ó mas fusilamientos que, segun *La España*, van ejecutados hasta ahora.

Casi todos los últimos telégramas están contestes en que los candiotas han sido rechazados hácia las montañas, y en que, perdidas las esperanzas de triunfo, piden una amnistia, habiéndose suspendido, en consecuencia, las hostilidades por una y otra parte.

Aseguran, asimismo, casi todos los partes y correspondencias particulares, que el gobierno de Chile ha rechazado las proposiciones hechas por Francia é Inglaterra, para orillar pacífica y honrosamente la cuestion hispano-chilena. Añaden, que aquel pais pide la continuacion de la guerra, y sigue fortificándose. Sensible seria que una terquedad, injustificable sin duda, y mucho mas cuando gobiernos amigos de entrambos contendientes han apelado á todos los medios conciliatorios compatibles con el decoro, hiciese á aquellos mal aconsejados paises empeñarse en nuevas aventuras, de las que es opinion general que habrian de salir con las manos en la cabeza. No queremos recordar hechos que, por otra parte, deben estar en la memoria de todo el mundo, respecto de la conducta que se observó no há mucho con los españoles allí residentes; pero sí diremos, que las consideraciones que merece la desgracia, no serán olvidadas (atendiéndonos á lo que anunció la prensa madrileña) en esta tierra hospitalaria, con los prisioneros chilenos que vienen á bordo de la fragata *Blanca*, los cuales serán alojados en los castillos de San Anton (Coruña) y Santa Catalina (Cádiz); esto en cuanto á la clase de tropa; en cuanto á los oficiales, se dice que residirán en San Fernando, teniendo la ciudad por cárcel, sin otra garantía que su palabra.

Dos grandes y terribles siniestros tenemos que consignar en esta *Revista*. El buque *Evening-Star*, que navegaba con destino á Nueva-Orleans, se ha ido á

pique, ahogándose trescientos individuos, de la tripulación. En Puerto-Príncipe, según un despacho telegráfico de París, ha quedado destruido casi todo el barrio del arsenal, por efecto de la explosión de mil trescientos barriles de pólvora y una infinidad de proyectiles. Hasta ahora no se conocen más desgracias personales que diez muertos y treinta heridos; pero se cree que habrán sido en mayor número.

La carne de caballo aplicada á la alimentación del hombre, cuenta ya, en el vecino imperio, muchos partidarios, y no sólo el sexo feo, menos escrupuloso que el bello, saborea con fruición el nuevo manjar, sino que algunas damas han querido alentar á los tímidos, tomando parte en el banquete últimamente celebrado en el *restaurant de la Chausée Menilmontant*, de París. La presencia de aquellas heroínas ha despertado la idea de organizar en breve otro banquete para las madres de familia. Hé aquí un progreso que aplaudirá el ganado vacuno, por más que se le arrebató del todo ó se le merme el privilegio que durante siglos y siglos ha disfrutado.

En los periódicos franceses leemos que en Caen (Francia), ha sido preso un marido que vendió á su mujer por 19 reales; poco dinero es, pero todavía parece mucho, considerando que hay hombres capaces de regalar las suyas con dinero encima, y vice-versa. No creemos, sin embargo, que el individuo aquel haya realizado el negocio, suponiendo, como debemos cristianamente suponer, que ella no haya querido venderse. Mujer que sabe y quiere guardarse, es fortaleza inexpugnable; así lo dice no recordamos qué filósofo; debe ser Sancho Panza.

Con gusto hemos leído el tomo primero de *Las riquezas del alma*, novela original de la señorita doña Angela Grassi, y una de las dos premiadas con mención honorífica por la Academia Española, en público certámen. Grandes elogios merece la distinguida escritora, así por el fondo altamente moral y consolador de lo que conocemos de su obra, como también por su feliz desempeño; es la señorita Grassi una de nuestras más simpáticas y concienzudas escritoras; su nombre era ya para nosotros una garantía de que la novela premiada sería de grande interés y digna de su bien cortada pluma. Pero nos vamos á permitir, por lo mismo que la apreciamos en lo mucho que vale, no un consejo, sino una observación que nos reserváramos, si no supiéramos que su modestia es todavía superior á su discreción, con ser esta mucha, y que, por tanto, disculpará nuestra franqueza, que con leal franqueza, y no con mentidas lisonjas, tenemos la costumbre de tratar á nuestros mejores amigos: hemos notado en su libro, y en particular en el capítulo IV, cierto espíritu intransigente y de moda entre casi todas nuestras escritoras, contra el tiempo en que vivimos, que condenaríamos desde luego, á no ser hijo, como lo es, sin duda, de la bondad ingénita de la autora, que por una especie de ilusión de óptica moral, le hace ver bajo un aspecto engañoso, cosas que, ó no merecen los duros anatemas que contra ellas fulmina, ó exigen de su espíritu benévolo y justo, algo menos de severidad. Créanos la señorita Grassi: no son peores nuestros tiempos que los pasados, y si hay hechos contemporáneos que á los corazones sensibles, como el suyo, arrancan una lágrima de dolor, torrentes de lágrimas derramaría si por un momento las sociedades muertas resucitaran, y ella tuviese que contemplarlas á la luz de su claro entendimiento y juzgarlas con la rectitud de su conciencia. Además, el arte prueba de un modo muy distinto que la moral y que la ciencia; eso lo sabe mejor que nosotros la señorita Grassi; y si bien son lícitas al autor de una obra esencialmente literaria ciertas consideraciones oportunas en la esfera filosófica y moral, ya no sucede lo mismo cuando deliberadamente se pone á discurrir y á divagar sobre un tema, cuyo menor inconveniente es debilitar el interés ó interrumpir la narración con inútiles ó interminables digresiones. Esto hemos creído ver; es probable que nos hayamos equivocado, en cuyo caso, pedimos á la señorita Grassi que recuerde una cosa; llevamos dos pares de anteojos; uno, que cualquiera puede ver; otro, visible solamente á personas de elevado criterio, que compadecerán la miopía de nuestro sentido crítico.

Por la revista y la parte no firmada de este número,
VENTURA RUIZ AGUILERA.

APUNTES HISTÓRICOS

SOBRE LA CUESTION DE ORIENTE

Y LA REVOLUCION DE CANDIA.

¡Grecia! ¡Patria de los dioses y de los héroes, cuna de las ciencias y de las artes! ¿En dónde están tus glorias? ¿En dónde están aquellos tus hijos que despreciaban el oro del macedonio, por no servir más que á su patria? En la historia.

¡Desgraciados de los pueblos que tienen que acudir á la historia para sostener su honor y su gloria! Sabed que los hechos de los antiguos no justifican las faltas de los presentes: los pueblos deben mostrarse

dignos de sus antepasados, practicando sus heroicas virtudes.

Esta falta de los griegos arruinó á la Grecia, como arruinarán á su patria todos cuantos los imiten. La riqueza los condujo al abandono de todos sus deberes; este abandono engendró el ocio; del ocio nació el inmoderado deseo de los gozos materiales, y éstos paralizaron hasta sus facultades intelectuales.

Los enemigos de Grecia, que espían el momento favorable para quitarles lo que tan felices los hacía, creyeron en el siglo XIII que éste era llegado, y todos á porfía se arrojaron sobre la presa, repartiéndose sus despojos. Othman, el fundador del imperio otomano, los atacó en 1318 y les tomó un gran número de villas y ciudades.

Orcan, sucesor de Othman, aprovechándose de las discordias de los griegos, invadió las provincias de Tracia y Capadocia, que se sometieron al vencedor con un gran número de plazas fuertes, que los griegos no tuvieron fuerza ni valor para defender.

Desde esta época, la ambición de los turcos fue siempre apoderarse de toda la Grecia.

Por su parte, los venecianos y los genoveses no se descuidaban, pues además de tomarles algunas poblaciones fuertes en tierra firme, les quitaron casi todas las islas del archipiélago, en 1421.

Y entre tanto, ¿qué hacían los griegos? Ved lo que dice Mr. Villaret.

«Constantinopla no conservaba más que el orgullo de su pasado esplendor. En esta capital, tan floreciente y respetada en otro tiempo, respiraba aun un pueblo inmenso. Mas esta multitud sin fuerza ni valor, tan sólo esperaba la mano que debía ponerle la cadena de la esclavitud. Los frívolos conocimientos, las artes de adorno, la molición y la indolencia eran preferidas á los deberes esenciales y á los trabajos útiles: esto había arruinado á la patria y secado el germen de vida de este desgraciado pueblo. Cuestiones de filosofía, querellas teológicas, ved aquí lo que agitaba á estos ciudadanos ociosos, en medio de la apremiante necesidad de su propia conservación. Las murallas eran para ellos sus fronteras. Sin embargo, el enemigo estaba á sus puertas.

En vano quiso Constantino Paleólogo oponerse á la construcción de los fuertes llamados los *Dardanelos* (1); sus mismos vasallos se lo impidieron; su presunción era tanta, que se vanagloriaban de derribar estos fuertes en el momento en que ellos viesan que les podían incomodar.

Cinco ó seis mil hombres, recogidos de entre la hez del pueblo, que con algunas tropas traídas de Europa por el genovés Justiniano, componían el ejército nacional, eran el único recurso con que contaba aquella gran ciudad habitada por hombres incapaces de defenderse por sí, puesto que se veían obligados á entregarse en manos de los mercenarios que se dignasen aun protegerlos. Sin embargo, todos estos griegos, incapaces de sacrificar ninguno de sus placeres, ni su lujo, ni sus comodidades, ni sus opiniones, pretendían gozar los beneficios de la patria.

Amenazados por las más terribles desgracias, esperaban el golpe fatal con insensible estupidez, semejantes á aquellos animales que se nutren aun al pie del altar que van á regar con su sangre.

Entonces el emperador les propuso contribuir con sus riquezas á la defensa del Estado; pero nada pudo obtener de ellos.

Cuando en tiempos prósperos los príncipes exigen tributos con sólo el objeto de aumentar sus rentas, ó emplearlos en superfluidades, los pueblos hollados por el poder pagan y sufren, entonces todo se obtiene; pero en el momento en que se ven libres de temor, todo lo rehusan: así le sucedió al emperador griego.

Paleólogo y sus cortesanos favorecían, al menos en la apariencia, la unión de las dos Iglesias de Oriente y de Occidente. Por esto, el Padre Santo prometió enviar algunas galeras con tropas. Los griegos no dudaron que el mismo pontífice propondría á los príncipes cristianos una nueva Cruzada, pues tal era su última esperanza.

El cardenal Isidoro, legado del papa, fué á Constantinopla y celebró el oficio divino, según el rito romano, en la iglesia de Santa Sofía. Esta novedad alarmó á toda la ciudad. El pueblo amotinado fué á consultar al monje Genadius, sitiándole en su retiro. Este solitario

(1) Cuando Mahometo II se presentó al frente de Constantinopla en 1452, reinaba Constantino Paleólogo, llamado Dracoses. Viéndose en la imposibilidad de poder resistir á tan terribles enemigos, despachó sus embajadores para que se presentasen al sultán y le pidiesen la paz en su nombre. El político sultán los recibió con amable bondad, pues su ambición necesitaba á los mismos griegos para aniquilarlos y arruinar el trono de los Césares. Pero exigióles como indemnización por gastos de guerra, que le diesen una porción de terreno sobre la ribera del Bósforo al lado de Europa, del grandor de la piel de un buey. Aceptó la proposición el emperador griego, y ratificado el tratado, Mahometo mandó retirar sus tropas. Entonces, dicen los autores turcos, mostrando á los embajadores una roca árida, la designó para el objeto, lo que obtuvo sin oposición; y sirviéndose de una astucia digna de los mismos griegos, mandó cortar la piel de un gran buey en correas muy estrechas, y uniéndolas unas á otras, formó un cercado de quinientos pies de circunferencia, y declarándose dueño de aquel terreno, sin que los griegos se atreviesen á oponersele, en menos de cuarenta días levantó un fuerte flanqueado por cuatro elevadísimas torres. Al mismo tiempo, mandó construir otro igual en la ribera del Asia, haciéndose por este medio dueño del Estrecho que se comunica con el mar Negro. Estos son los dos castillos que llamamos *Dardanelos*.

puso en la puerta su contestación escrita, declarando que en Florencia se había celebrado un concordato contrario á la ortodoxia, y anunciando al mismo tiempo las mayores desgracias á los que aceptasen la *impia* reconciliación entre griegos y latinos.

Entonces los devotos y las religiosas que estaban bajo la dirección de Genadius, los curas y los capellanes, los paisanos y los soldados (el contagio se había extendido á todas las Órdenes), gritaron unánimemente *¡anate-ma!* La iglesia de Santa Sofía fue considerada profanada: no querían comunicación alguna con los latinos: preferían ver enarbolar el turbante y la media luna de Mahometo, á la púrpura romana ó al capelo del cardenal.

Mientras Mahometo atacaba la ciudad por tierra, su flota, compuesta de doscientas cincuenta velas, avanzaba hasta la altura de los Dardanelos. Una vez dueños de los puertos y abiertas las brechas, la asaltaron con furor; pero los sitiados los rechazaron con no menos coraje.

Entonces Mahometo, temiendo la destrucción de la ciudad, hizo proponer á Constantino que, si le entregaba la ciudad, él le daría todo el Peloponeso. Constantino prefirió sepultarse bajo las ruinas de su capital.

Cristianos y mahometanos se prepararon con ayunos y oraciones para la acción que debía decidir la suerte de los dos imperios: ésta se dió el 29 de mayo de 1453. Mahometo anunció la víspera, que entregaba la ciudad al pillaje, á condición de no tocar á los edificios.

El ataque principió al amanecer; dos horas más tarde, los fosos estaban llenos de cadáveres. Creyendo entonces Mahometo que los cristianos debían estar acabados por la fatiga, hizo avanzar sus mejores tropas: se puede decir que entonces principió el verdadero ataque por mar y tierra.

Constantino y Justiniano se batieron como héroes, hasta llegar á rechazar á los musulmanes. En vista de esto, Mahometo lanzó sus genizaros, que á duras penas había podido contener hasta entonces; á su impetuosidad todo cedió; ganaron lo más alto de los muros, y plantaron sobre ellos el estandarte del Profeta.

Justiniano tuvo que retirarse mortalmente herido, cuya retirada desalentó á todo el ejército; de modo que, acobardado, se precipitó huyendo hácia el interior de la plaza, y siguiéndoles los turcos, entraron todos á un mismo tiempo. Nos abstenemos de describir los horrosos hechos de aquel día.

En este tiempo, el infortunado Constantino se mantenía aun sobre las murallas, casi sólo. Viéndose abandonado y cubierto de heridas, dijo: *¿No habrá un cristiano que me quite la poca vida que me queda?* Al momento, un turco le dió una cuchillada en la cabeza, atravesándole otro el pecho... ¡Espiró...

Y con él, el imperio de Oriente, fundado por otro Constantino, 1123 antes.

Desde este día, nada pudo resistir á las armas del vencedor, y Grecia sucumbió.

La indiferencia de los príncipes cristianos había llegado á tal punto, que la Cruzada que mandó predicar el papa Nicolás V, no hizo impresión alguna.

Cuenta un historiador oriental, que entre los esclavos que hicieron en Constantinopla, había una joven de gran belleza, llamada Irene, la cual fue presentada al sultán, quien al verla, quedó prendado de su hermosura sin igual. Mahometo se enamoró de tal modo, que su pasión le hacía descuidar los negocios del gobierno. Las tropas murmuraron de su conducta, tan diferente de la que había observado hasta entonces. Advirtiéronselo al sultán, y éste, sin responder una palabra á sus consejeros, mandó llamar á Irene. Al momento que ésta llegó á su presencia, presentáronse á la corte y ejército que se encontraban reunidos, y dirigiéndose á los pachás, con un gesto imponente, les dijo: — «¿Habeis visto jamás belleza más perfecta que esta?» — Todos aplaudieron la elección del emperador, diciendo que les parecía imposible que hubiese otra igual. Entonces, sacando su alfanje y echando una feroz mirada sobre los que presentes estaban, dijo: — «Sabed, pues, que cuando yo quiero, este acero hace rodar las cabezas que más amo.» Y de una cuchillada cortó la cabeza de Irene.

Pocos días después de la toma de Constantinopla, el sultán mandó publicar una orden para que todos los habitantes volvieran á sus casas: y como él quería establecer allí su corte, trató de hacer menos sensible su yugo á sus nuevos vasallos. Bien pronto se volvió á repoblar aquella gran ciudad. Los genoveses, temiendo las iras del sultán, le entregaron á Pera: las demás villas imitaron su ejemplo. Así es, que en poco tiempo quedó sujeto al imperio turco todo el de Constantinopla.

De aquí marchó á la conquista de la Morea ó Peloponeso, apoderándose en poco tiempo de todas las plazas que ocupaban los griegos.

1457. Creyendo entonces los griegos de la Macedonia y de la Tracia que el momento era propicio, por estar lejos el gran señor, para acercarse á Constantinopla, intentaron apoderarse de aquella capital; pero el regreso inesperado de Mahometo les hizo abandonar la empresa, y sólo consiguieron atraerse la guerra con todos sus horrosos y consecuencias, que fueron las de

verse despojados de sus soberanías, reuniéndolas á su antigua metrópoli. Al mismo tiempo, la flota otomana recorria y saqueaba las islas del Archipiélago, persiguiendo á los griegos por todas partes: apoderáronse de muchas de ellas, hasta llegar á la de Corfú, antigua *Corcira* ó *Pheacia*, á la que, segun Homero, fue arrojado Ulises por la tempestad que Neptuno escitó por complacer á Calipso.

Quando en 1329, Orcan tomó á Nicea, los griegos llevaron la capital de su imperio de la Bitinia á Trebisonda, en la Capadocia, en donde ahora, 1460, reinaban los descendientes de Alexo Commeno, arrojado de Constantinopla en 1204. Mahometa sitió la capital que tomó á los pocos dias, y con ella todos sus Estados.

En 1461, la flota otomana, á las órdenes de Mahometa, se apoderó de Mitilene ó la antigua Lesbos, en donde nació la célebre y tierna Safo.

Scanderbeg, rey de la Albania (1), antes de morir puso sus Estados bajo la proteccion de los venecianos: esto fue un manantial de calamidades para aquellos ambiciosos republicanos, quienes, orgullosos por algunas victorias navales, se atrevieron á invadir la Macedonia y la Tracia, hasta tomar á Setmes (la célebre Aterias). Capelo, su general, sitió á Eno, ciudad de la Romanía, la que tomó por asalto. No queremos hablar de los crímenes que los venecianos cometieron en esta ciudad; los calificamos de crímenes, porque sus habitantes eran cristianos; pero los vencedores no respetaron ni las iglesias, ni los sacerdotes, ni las vírgenes del Señor.

Después de este hecho, se retiraron á Negroponto cargados de despojos. Quando Mahometa tuvo noticia de estos hechos, juró vengarlos.

En junio de 1469, una armada de trescientas velas con setenta mil hombres, salió del puerto de Constantinopla. Tomó la isla de Imbro, pasando á cuchillo las tropas venecianas que la defendian; y avanzando hácia Negroponto, entró en el Estrecho y puso sitio á Chalcides, su capital. Los venecianos hicieron una resistencia tenaz, pero al fin sucumbieron, y Mahometa los mandó pasar á cuchillo, en venganza de Eno. Pablo Erizzo, su gobernador, se retiró al castillo, en donde se defendió algunos dias; por último, tuvo que capitular, bajo la condicion de que *salvarian su cabeza*. Pero Mahometa, interpretándolo á su gusto, mandó que lo aserrasen por medio del cuerpo. ¡Perfidia atroz, digna de un bandido, mas bien que de un soberano!

En 1480, formó un ejército de trescientos mil hombres; mandó armar doscientas galeras y trescientos barcos menores, y con todas estas formidables fuerzas se propuso dominar la Italia, tomando primero á Rodas; pero su poder se estrelló ante esta isla. Durante el sitio, se inventaron máquinas desconocidas, tanto para el ataque como para la defensa, que fue sin igual. En fin, después de diez meses de sitio, murió Mahometa, lo que fue una dicha para toda Europa. Celebráronse fiestas y regocijos, como cuando desaparece una epidemia.

(Se continuará.)

M. C.

ESPOSICION CIENTIFICA DEL PACIFICO.

(CONCLUSION.)

23 de febrero.—Hemos madrugado bastante: á las seis ya estamos en marcha. Pronto llegamos al lugar llamado Quijos-Punta, desde donde comienza la inmensa bajada que conduce al rio Quijos. ¡Qué cuesta! Aun la recordamos con horror; imposible es figurarse la existencia de semejante cosa, y nos parece mentira hayamos podido bajarla: tiene mas de una legua de estension, un piso sumamente inclinado, formando ángulo de 50° con el horizonte, ninguna piedra donde poder afianzar el pie, y unos escalones de barro, donde, en vez de procurar no caer, se debe estudiar de qué modo se caerá con menos daño. Sus bordes son poco tranquilizadores; el derecho, formado por el bosque, no ofrece ningun peligro; pero el izquierdo se continúa sin ninguna barrera, con una profundísima quebrada de centenares de metros de profundidad. Otras veces falta el camino, y para evitar la muerte, cayendo en la quebrada, hay que agarrarse y casi suspenderse en los árboles del borde derecho; y ¡cuántas veces, creyendo asir una rama resistente ó tronco seco, encontráramos que la primera se quebraba, y el segundo, ya podrido, se desmenuzaba al afianzar la mano sobre él! Nos caimos quince ó veinte veces, y aun los indios, á pesar de su maestría, cayeron tambien: es verdad que á lo malo de la cuesta se añadía el estar lloviendo, lo cual hacia que la resbalada fuese mas inevitable.

Mas de tres horas empleamos en bajar esta cuesta, y al finalizarla nos encontramos al hermoso rio Quijos, que debíamos atravesar por un puente análogo al de Mazpa, con la diferencia de ser tres veces mas largo y mas elevado sobre el rio. El de Quijos tiene cinco maderos en vez de tres, y no van de un extremo de la rampa al otro, sino que se reunen en el centro del

puente, atándose allí con los que encuentran procedentes de la orilla opuesta. Este mecanismo, que aumenta el peligro del paso, es necesario, por ser mucha la anchura del rio, y no encontrarse maderos bastante largos para alcanzar de la una á la otra orilla. Lo pasamos como el anterior, y al llegar á la ribera opuesta, fuimos asaltados por millones de hormigas bravas, que se apoderaron instantáneamente de nuestras rollizas y desnudas pantorrillas. Esta fatal circunstancia nos impidió almorzar allí, como habíamos pensado.

El rio de Quijos dá su nombre á un canton de la provincia de Oriente; es bastante caudaloso, pero las inmensas piedras que están sembradas en su lecho, y la impetuosidad de su corriente, impiden sea navegable hasta por canoas. Este rio recibe al Mazpa, y va á engrosar el Coca. Hubo tambien una ciudad de Quijos, fundada en 1552 por Egidio Ramirez Dávalos, gobernador de los países de la Canela, en tiempo del segundo virey del Perú, don Antonio de Mendoza. Don Gil, hermano de don Egidio, destruyó esta ciudad, á causa de lo enfermizo de su clima.

A media legua del puente, ya pasado, llegamos al rio Toldo-Quijos, el cual atravesamos de una manera original. El rio tiene 8 varas de ancho, la orilla oriental es mas alta que la occidental; primero, entramos en el agua, muy fria, que nos llegaba hasta la cintura: anduvimos asi como 3 varas, luego subimos á una piedra, cubierta de una terciada de agua; se adelanta sobre ella una vara, de esta piedra se alcanza la providencial rama de un árbol que se inclina sobre ella, y se sube por la rama hasta llegar al tronco, en el cual están figurados ocho escalones, que conducen á la otra orilla. Seguramente, es necesario ser buen gimnasta para andar por estos bosques. Los indios tuvieron que ayudarse unos á otros para pasar el rio, y tardaron bastante tiempo, aprovechándolo nosotros para almorzar, abrigados de la lluvia por algunos árboles. Subimos en seguida algunas cuevas de piso trabajoso, y llegamos á la llanura llamada Pachacmama, donde el barro era tan profundo, que á cada pisada nos enterábamos hasta la rodilla. Innumerables arroyos, pequeños troncos y multitud de suros ó cañas bravas, hacian mas difícil el camino, hiriéndonos pies y piernas. A las cuatro concluimos nuestra jornada en la orilla de un arroyo llamado Chontacruz. Los indios nos hicieron el tambo, debajo del cual pudimos guisar y dormir.

26 de febrero.—Seguramente, ninguna máscara se presentará en parte alguna con un traje tan extravagante como el nuestro. Unase á la descripcion de él, ocho dias de uso, mucho barro; el sombrero, de color desconocido, abriga en su ala algunos rasguños; las alpargatas rotas, los pies y piernas despedazados, asi como el diminuto pantalon y la camisa. Nosotros, que nunca nos hemos vestido de máscara, lo hemos hecho, sin pensar en estas australes latitudes. ¡Cuántas fiestas y regocijos habrá hoy en las tres cuartas partes del mundo, y cuán pocas personas pensarán que en aras de la ciencia sacrifican sus mejores años, sus mas caras afecciones, y esponen sus vidas cien veces cada dia!

A las siete salimos de nuestra vegetal mansion de Monta-Cruz, y continuamos, como el dia anterior, arastrándonos sobre el fango, hiriéndonos con los suros, resbalando sobre los palos del camino, atravesando frios riachuelos y recogiendo plantas para coleccionar. El camino continuaba peor, si posible es. Pronto encontramos á los indios que habian llevado á Espada á Baeza, y que regresaban á Tumbaco: uno de ellos se habia roto los huesos del antebrazo, de resultados de una caída. Pronto llegamos al Guagra-yacu, rio situado á legua y media de Baeza, que se pasa generalmente por un vado. Desgraciadamente, aquel estaba crecido, y éste habia desaparecido; si hubiésemos entrado en el rio, hubiéramos sido arrebatados por la corriente y estrellados contra las piedras. Estuvimos deliberando, y uno de los indios reconoció que á cien varas de donde estábamos, un árbol caído podia servir de puente. Nos acercamos, en efecto, al árbol, con un hacha tallamos algunos escalones, y con mas susto que en los otros puentes, pasamos sin desgracia este último, empleando en ello cerca de dos horas. Subimos en seguida una terrible é infernal cuesta, y llegamos á Baeza á las cinco de la tarde, encontrando allí al señor Espada, que habia llegado la víspera »

Suficiente es este extracto de diario de viajes, para que se vea, no solo cuánto han podido sufrir en ella nuestros comisionados científicos, sino tambien á cuánta costa han reunido las colecciones científicas espuestas en el Jardín Botánico. No todos los comisionados y viajeros han tenido la suerte de sobrevivir á su empresa. El señor don Fernando Mor, contrajo una enfermedad del hígado en mayo de 1863, en el desierto de Atacama, y falleció de sus resultados en el mes de octubre del mismo año en San Francisco de California. El fotógrafo Castro y Ordoñez murió al regresar á Madrid, desgraciadamente. Por fin, don Juan Isern, uno de los jóvenes que mas prometian por su entusiasmo en el estudio y su infatigable actividad, si bien concluyó el viaje habiendo hecho todas las escursiones

mas peligrosas de la comision, contrajo una enfermedad del hígado en el rio Marañon, pudiendo llegar hasta Madrid, donde falleció el 23 de diciembre de 1865, siendo llorado por todos sus numerosos amigos.

Vamos ahora á indicar lo mas notable de la Exposicion pública del Pacifico. La coleccion de minerales, rocas y fósiles es muy importante; la de minerales consta de 796 ejemplares, que están representados por 158 especies distintas. Son entre ellos notables los procedentes de Copiapó, especialmente los de cobre y plata, y tambien, aunque en número reducido, los de plomo, hierro, cobalto y níquel. Fueron recogidos en su mayor parte por el malogrado don Fernando Amor, al cual ayudaron con sus donativos la mayor parte de las sociedades mineras establecidas en Chile, y tambien la incesante cooperacion del que entonces era vice-cónsul de S. M. C., don José de Urbina, hoy ya difunto. Son curiosos tambien los ejemplares de cuarzos auríferos de diversos puntos de la América del Sur, y los de California, entre los cuales, en dos grandes frascos, están contenidas las celebradas tierras de los plácemes del oro. En seis tubos de cristal se hallan recogidos los granos auríferos y escamas ó pajas del mismo metal, sacadas de las arenas de los rios Napo, Santa Rosa, Aguano y la Coca. Del Ecuador figuran igualmente varios ejemplares de azufre, procedentes de los conocidos y famosos volcanes Antisana y Pichancha. Por último, es de notar el cascallo ó tierra de los diamantes del Brasil, y los grandes ejemplares de minerales de azogue ó mercurio de la Nueva Almaden, en la California.

La coleccion de rocas se compone de 530 ejemplares, que están representados por 178 especies. Proceden todos de los diversos puntos visitados por los individuos de la comision, y son, entre otras, las mas curiosas y notables las recogidas en los volcanes Antisana, Cotopaxi, Pichancha y Lechacopata.

Los fósiles mas notables (aun cuando los hay que pertenecen al reino animal y al vegetal) son los del animal, representados por huesos y fragmentos ó restos de esqueletos de grandes dimensiones, que proceden de Alangasi, en el Ecuador. Entre los fósiles, figura, en primer término, la cubierta exterior del cuerpo de un animal antediluviano, llamado glyptodon, y muy parecido en su forma, aunque no en sus dimensiones, al animal que se conoce con el nombre vulgar de Armadillo ó Tatuejo. Procede de San Nicolás, á orillas del rio Paraná, en la república Argentina, y fue regalado á la Comision científica.

El Hervario se compone de unas 8,176 especies, de las cuales unas han sido recogidas por el malogrado botánico Isern en las Islas Canarias, en San Vicente de Cabo Verde, en el Uruguay, en el Rio de la Plata, en Chile, Perú, Bolivia, Guayaquil, Brasil, Ecuador, Tabatinga y rio de las Amazonas. El señor Martinez tambien ha recogido algunas. Igualmente han traído colecciones de leños, maderas labradas, cortezas, hojas, frutos, semillas y otros productos de los vegetales.

La coleccion de zoófitos consta de 54 especies distintas y 302 ejemplares, recogidos por los señores Paz, Martinez y Espada, en San Vicente Bahía, Rio Janeiro, Desterro, Islas Morcisanas y Magallanes, Valparaíso, Chiloe, Panamá y otras localidades.

La coleccion de moluscos consta de 816 especies diferentes y de 38,755 ejemplares, recogidos en su mayor parte por los señores Paz y Martinez. Hay vivalvos, marinos, fubliátiles y terrestres muy notables de casi todos los puntos de la América Meridional.

La coleccion de insectos miriápodos y arágnidos, consta de 20,922 ejemplares, ó sean 4,442 especies distintas, recolectadas por los señores Paz, Amor, Martinez, Isern y Espada.

Los crustáceos son 1,874, recogidos la mayor parte por el señor Martinez en las diversas localidades que recorrió la comision. La coleccion de gusanos la forman 60 ejemplares, recogidos todos por el señor Martinez y algunos por el señor Amor, Paz y Espada, ascienden á 2,540 ejemplares del Brasil, Uruguay, Chile, Nueva-Granada, Ecuador, California, Perú y otros puntos. Los reptiles traídos han sido 687, los anfibios 786, las aves 4,478, los nidos 11 y los huevos 249. Los mamíferos han sido 249.

Entre los objetos de antropología y etnografía, son notables treinta y siete momias del Perú y Bolivia, con los vasos, ídolos, cucharas y sacos de comestibles encontrados en sus sepulcros. Una momia de la isla de Guaytecas, archipiélago de Chiloe, cuarenta cráneos de indígenas de América, ó sean antiguos peruanos, indios guarines, araucanos, aimaraes y quicluas y una cabeza de india guarani. Los objetos encontrados en sepulcros, son todos muy curiosos. Tambien han llamado la atencion en la Exposicion pública, una hamaca bordada de plumas, hecha en el Rio Negro, del Brasil, y diez mas por los indios yaguas y záparos. Doscientos cincuenta adornos y vestidos de indios yuaranies, gíbaros, canelos, záparos, aguáricos, ticunas, yaguas, etc. Ochenta armas de los mismos. Tres tambores de id.

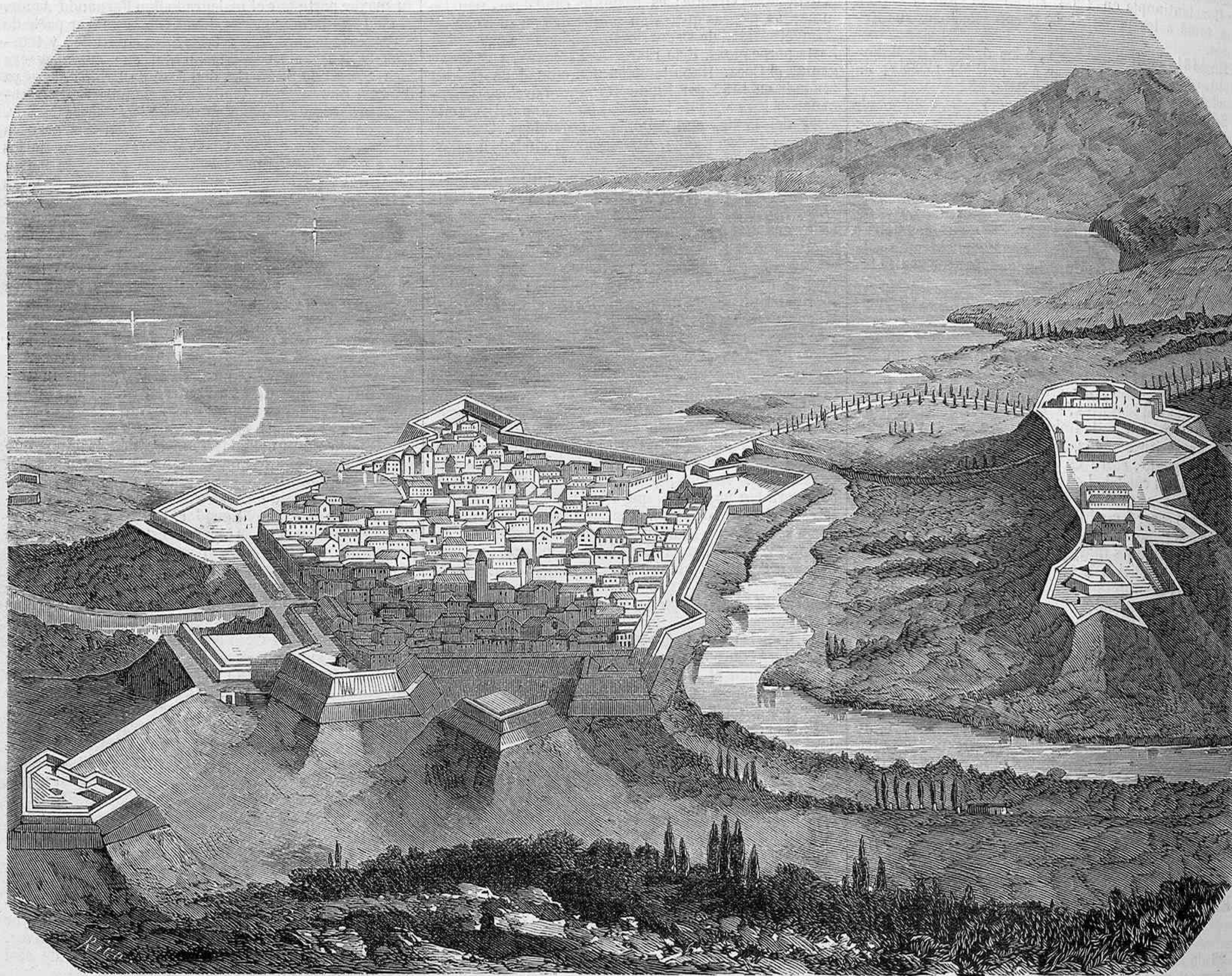
Una canoa de los indios del Napo. Una embarcacion (destruida) de los indios changos. Tres objetos de Oceanía. Gran número de fotografías y dibujos de huacos. Las fotografías representan los puntos de vista mas notables de los países que re-

(1) A quien jamás pudieron vencer los tureos.

corrió la comisión científica. Algunos han sido ya reproducidos en las páginas de este periódico, y durante el viaje publicamos también cartas y detalles muy interesantes. Sólo debemos añadir que desde que salió la comisión de España, se nombró también otra comisión científica con el título de *Comisión receptora*, y que no ha cesado en su cargo hasta después de haber recibido todas las numerosas remesas, haberlas conservado, y dispuesto de modo que no sufriesen el menor deterio-

ro hasta la venida de los naturalistas viajeros. Esta comisión receptora la han formado el señor don Mariano de la Paz Graells, director del Museo de Ciencias naturales, como presidente; como vocales, don Miguel Colmeiro, don Laureano Pérez Arcas, don Juan Vidanova, don Manuel María José de Galdo y don Florencio Janer; este último, además, con el cargo de secretario. Los señores Graells, Colmeiro Pérez, Vidanova y Galdo, fueron nombrados como profesores del Mu-

seo de Ciencias naturales. El señor Janer, como literato y etnógrafo. Si los individuos de la comisión receptora han cumplido con sus deberes científicos, lo dicen los naturalistas viajeros, al dar gracias al ministro de Fomento por haberlos colocado a su lado, declarando en su descripción de los viajes, publicada por orden del mismo ministerio, que con gran entusiasmo por científico han contribuido sabiamente y poderosamente en el buen arreglo de nuestras colecciones.



EL CUADRILÁTERO. — VISTA DE LEGNANO.

PESCHIERA Y MANTUA

EN EL CUADRILÁTERO.

Las líneas de los ríos Mincio y Adige son las más importantes en la Italia del Norte, y en ellas estaba la fuerza principal de los austriacos para defenderse contra un enemigo que viniera del Oeste. El Mincio sale del lago de Garda, y después de correr unas 35 millas, cae en el Po. El Adige, viniendo de los Alpes tiroleses, entra en el territorio veneciano por Ossegna, recorre en él una distancia de 120 millas, y es navegable en todo su curso, siendo de 16 á 25 pies de profundidad y de 600 á 1,200 pies de ancho. Los dos ríos, corriendo casi paralelos en una distancia de pocas millas, forman una línea estratégica muy importante. Las famosas fortalezas de Peschiera y Mantua sobre el Mincio, y Verona y Legnano sobre el Adige, hacen un cuadro irregular y constituyen la posición más fuerte para la defensa, teniendo por el lado derecho las montañas del Tirol, y por el izquierdo el río Po.

Peschiera, situada sobre el ángulo Noroeste del cuadro, donde el Mincio deja el lago de Garda, está dominada por alturas que la rodean; la ciudad es pequeña y contiene unos 2,000 habitantes, dedicados principalmente á la pesca. Peschiera está en comunicación con Verona por un ferro-carril. Un triple círculo de murallas y bastiones levantados sobre las alturas que la rodean, hace que la fortaleza pueda contener un

ejército de 30,000 hombres por lo menos, dando de este modo al jefe la facultad, tanto de atacar como de defenderse. El terreno de la parte superior del Mincio, desde Volta á Lonato; al que además Peschiera, Valleggio y Salionzi sirven como bases, es sumamente favorable para la defensa. Presenta todas las probabilidades para que un general empiece por la defensa y concluya con el ataque. La ciudad y las casernas de Peschiera están rodeadas de fuertes murallas y bastiones, que constituyeron casi su única defensa cuando su sitio, que terminó por la rendición de los piemonteses cuando Carlos Alberto á los austriacos, el día 30 de mayo de 1848 después de seis semanas de sitio. Estas fortificaciones son ahora, sin embargo, de una importancia muy secundaria para su defensa. La ciudad está rodeada al presente de una cadena formada por nueve fuertes muy importantes, que se hallan á cosa de una milla de la ciudad y á un cuarto de milla uno de otro. El fuerte número 1, está á orillas del lago mirando hacia la Lombardía; el fuerte número 9 está sobre la orilla, al Norte de Peschiera. Estos fuertes son todos muy importantes; todos están contruidos de tierra y rodeados de fosos, y el suelo por la parte de afuera está igual y resbaladizo para formar una pendiente difícil; por detrás se hallan encerrados en murallas de piedra con almenas para fusilería, y contienen casernas á prueba de bomba; hay en ellos de 15 á 30 cañones; como adición á estos 9 fuertes, se ven las fortalezas de la estación del ferro-carril, la antigua y nueva Mandella y

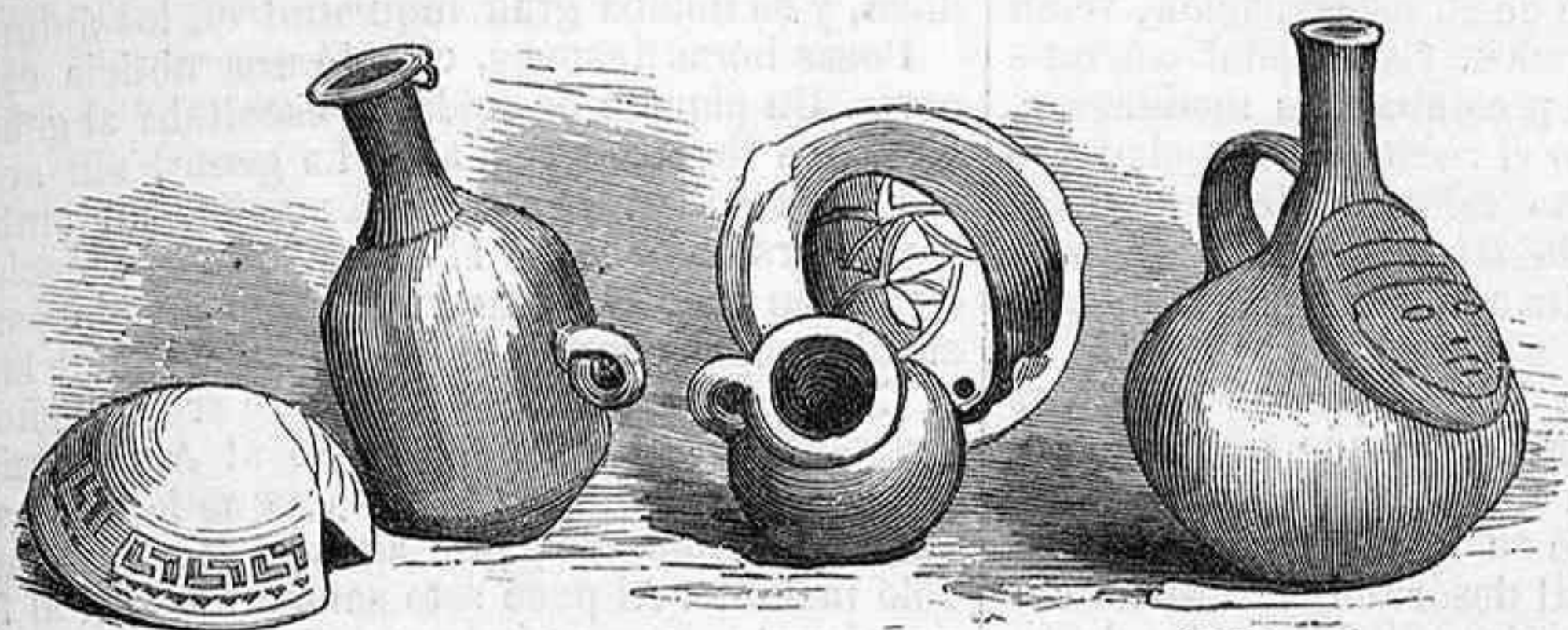
los fuertes antiguo y moderno Salvi; éstos tienen unos 40 cañones cada uno. Fuera de todo, hacia el Sur, formando la primera defensa de Peschiera contra un ejército que cruzara el Mincio, está el enorme fuerte de Monte Croce, que es de 60 pies de alto y tiene más de 80 cañones; como los demás, está contruido de piedra, que sostiene los frentes que son de tierra. Peschiera con esta cadena de fortalezas parece ser como Verona, Mantua y Venecia, absolutamente inespugnable.

La mayor parte de las casernas de Peschiera son edificios nuevos, hermosos y fuertes; en realidad se comprende bien que las cantidades de metálico que el Austria debe haber gastado en las fortalezas del Cuadrilátero desde 1859 habrán sido casi fabulosas.

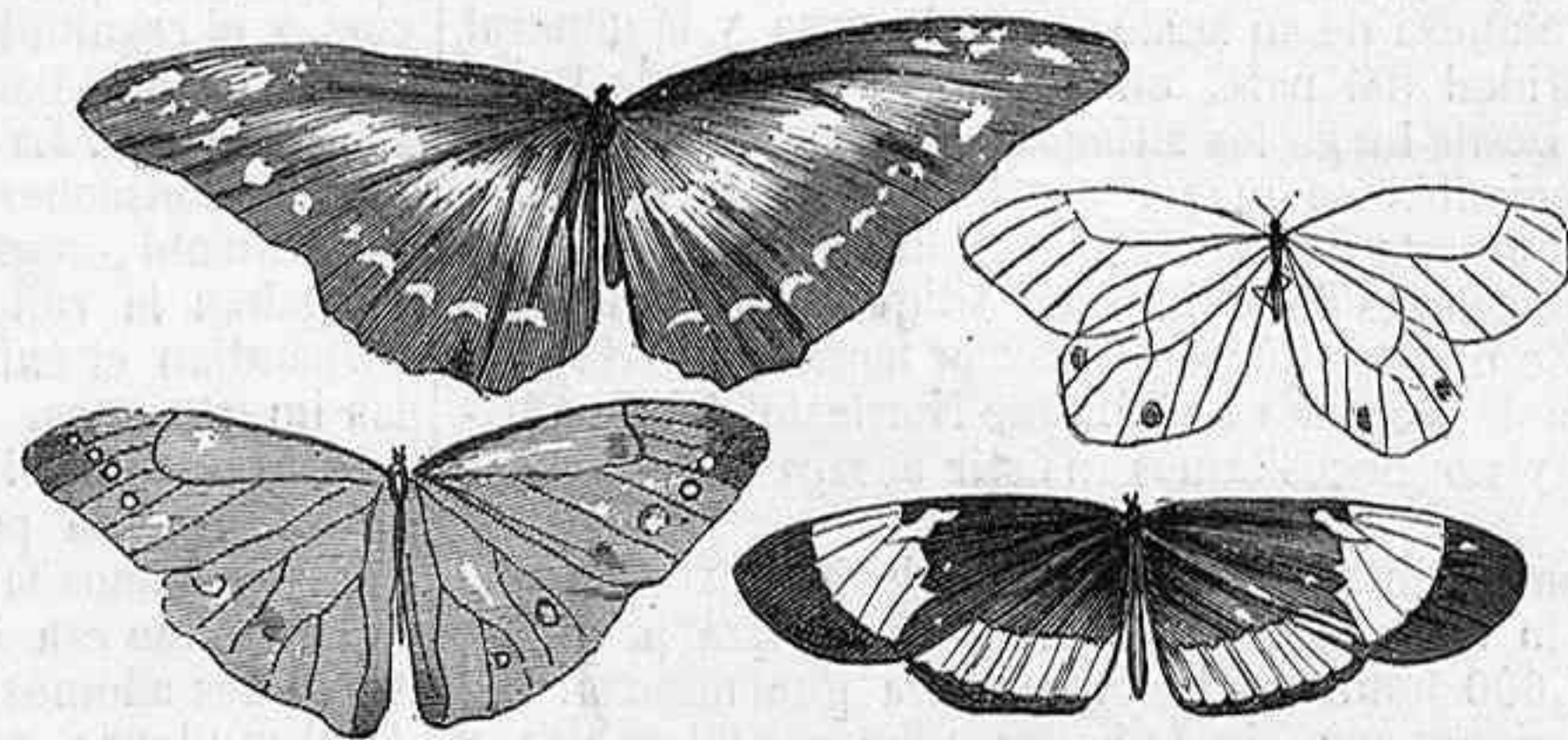
Mantua, en el extremo meridional de la línea del Mincio, y á 20 millas de Peschiera, es una ciudad que cuenta unos 30,000 habitantes, y es una de las pocas fortalezas que inspiraron respeto aun al mismo Napoleón I. Está contruida sobre una isla del río Mincio, que forma aquí varios pequeños brazos y un río bastante ancho que la sirve de límite por el Norte y el Este, mientras que el mismo río y un ancho pantano la rodean por el Sur y el Oeste. Las fortificaciones de la ciudad misma no son de grande importancia y consisten únicamente en una antigua muralla y bastiones. Su gran fortaleza proviene de los fuertes que la rodean, el de Padella en los pantanos del Oeste, y la isla Ceresse y el de Miglioretto, que son de mucha importancia.

Legnano

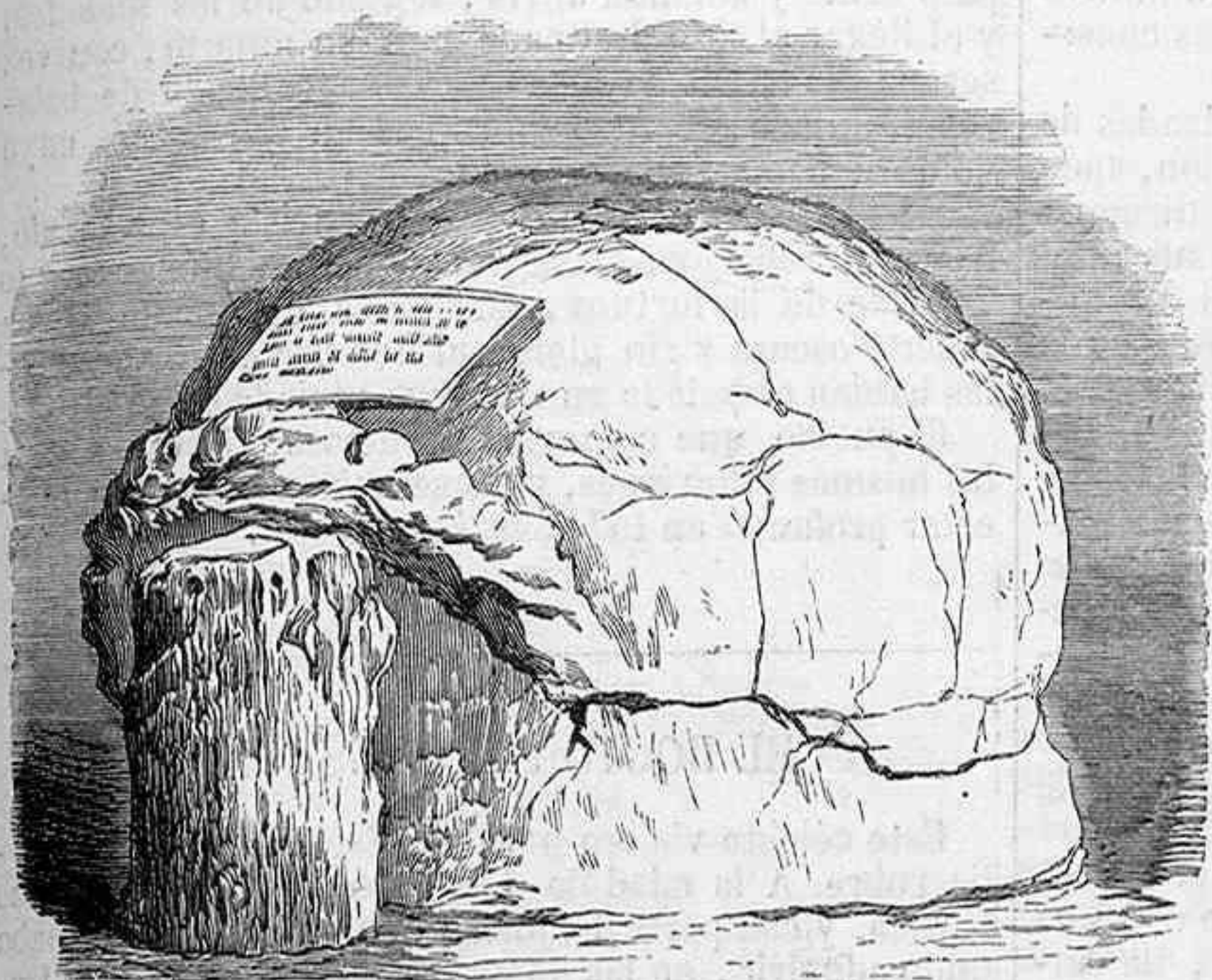
VARIOS OBJETOS DE LA ESPEDICION CIENTIFICA DEL PACIFICO.



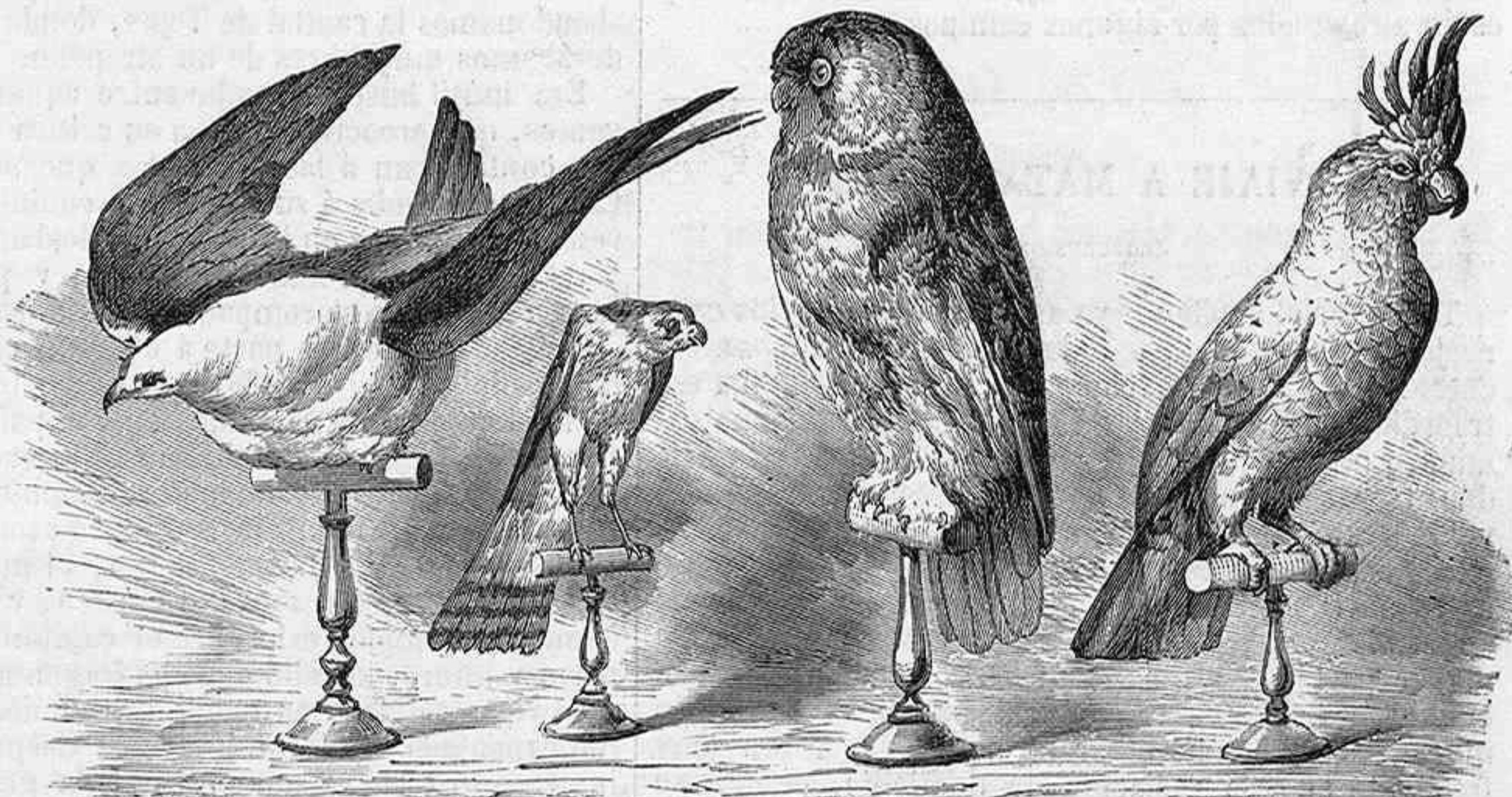
VASOS PERUANOS



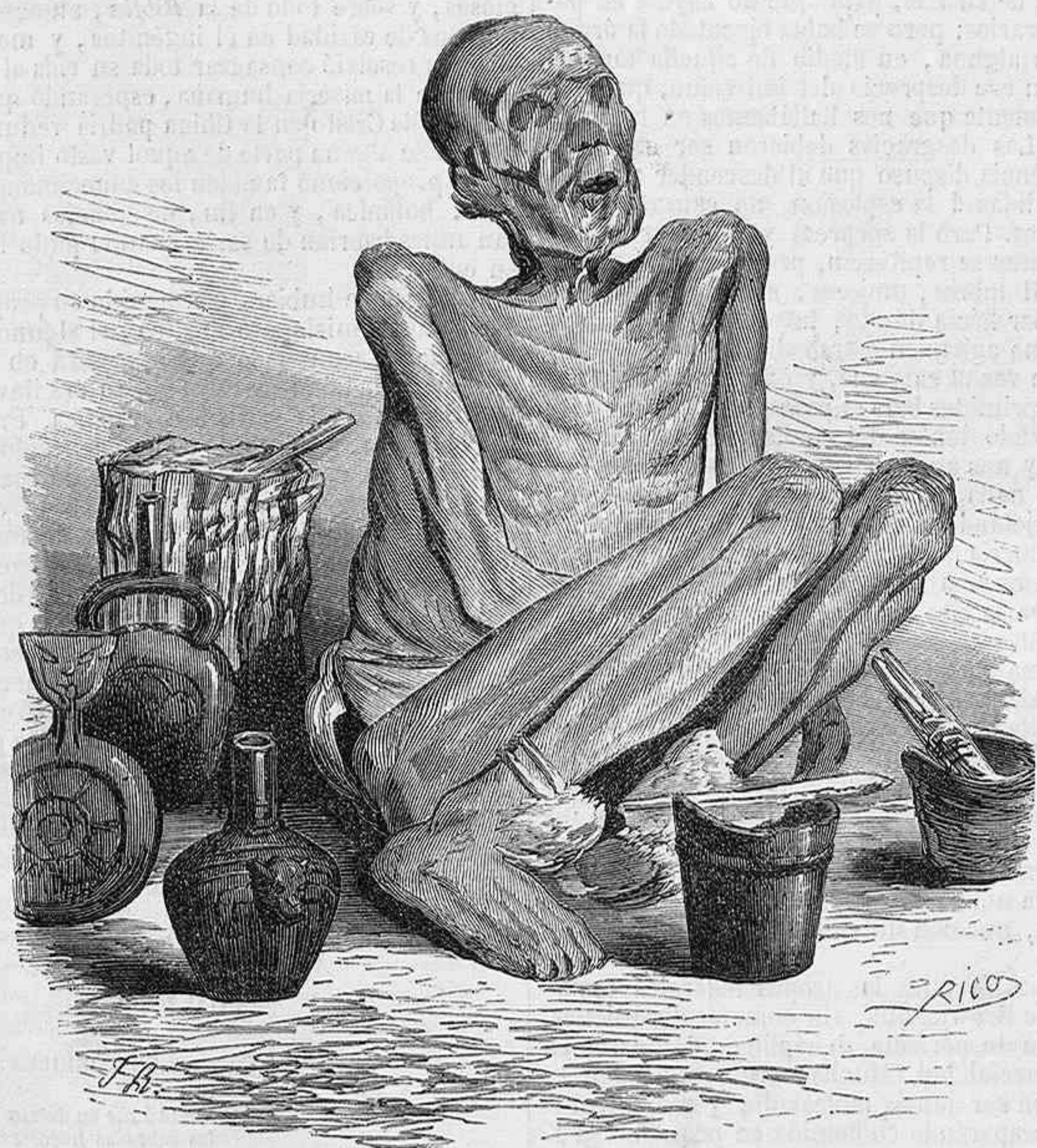
MARIPOSAS DE MACHEPERLA.



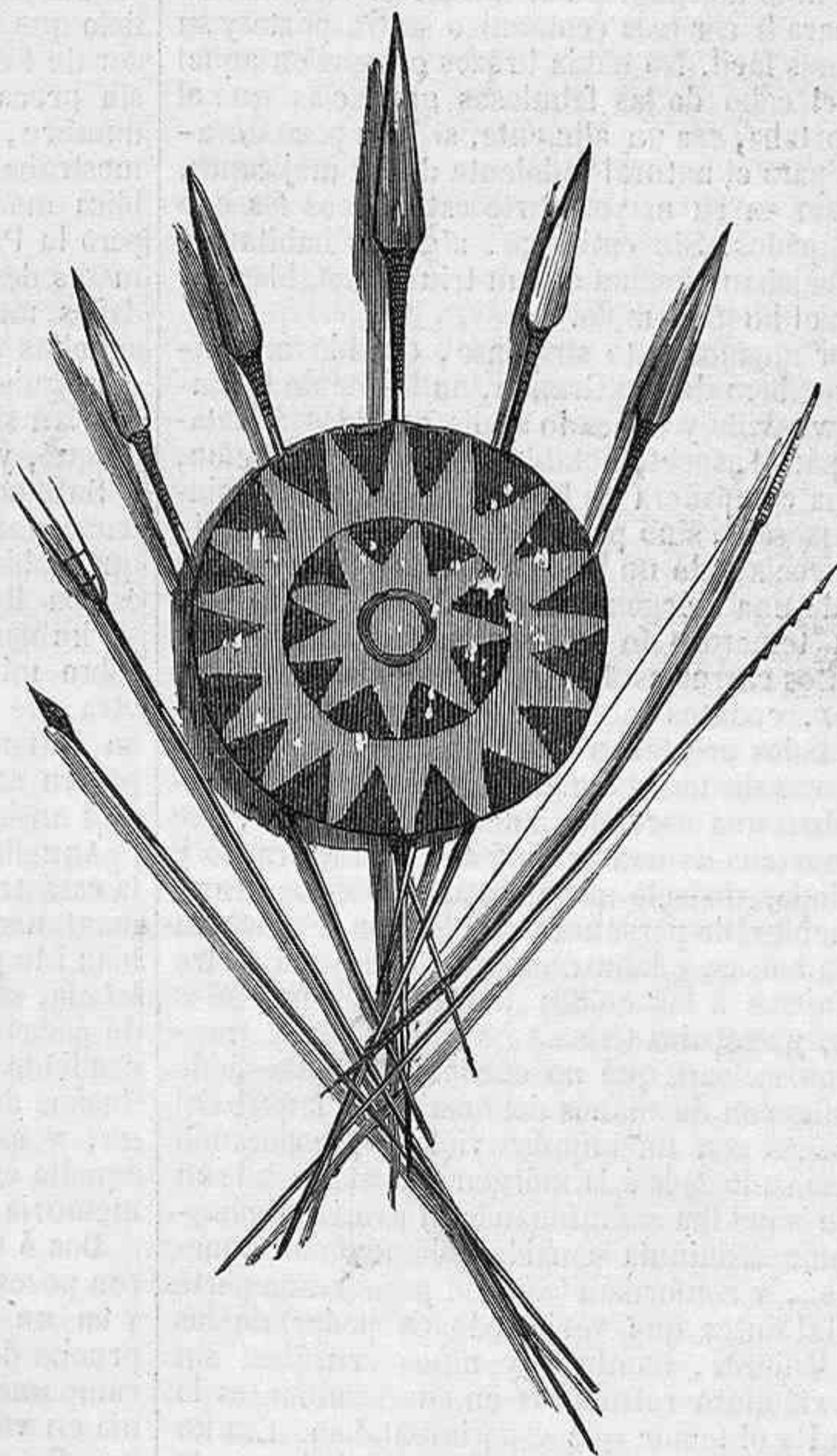
TROZO DE ARBOL Y CONCHA PETRIFICADA.



GRUPO DE AVES.



MOMIA PERUANA.



RODELA Y LANZAS.

Desde Miglioretto á Castiglioni y La Mortella se estien-
de una línea de fuertes aislados, que sirven para de-
fender un campo atrincherado. El fuerte Pictole domi-
na un sistema de esclusas dispuestas de modo que
puedan inundar todo el terreno, y sin poseer el Pictole
es imposible quitar el agua que rodea el campo atrin-
cherado, y que es, en consecuencia, por este lado, la llave
de la fortaleza. Al Norte, hácia Verona (que está unida
con Mantua por un ramal del ferro-carril lombardo-

véneto), se halla Borgo di Fortezza. Un fuerte dique,
llamado Ponte de Molini, de 1,380 pies de largo, de-
fendido por la ciudadela de Borgo, une á Borgo di For-
tezza con Mantua, y sirve al mismo tiempo para contener
la parte superior del lago. Al Sur, un puente de
piedra de 2,700 pies de largo defendido por 6 bastiones
y 2 baterías, conduce al fuerte San Giorgio. La gran
ciudad, el ancho lago y el campo atrincherado, junta-
mente con el sistema de diques y esclusas para la

inundacion, dan á la fortaleza una estension tal, que
seria necesario un ejército muy numeroso para rodearla.
El rio Mincio, que se estiende mas arriba y mas
abajo de Mantua, y todo el territorio de alrededor, que
es muy pantanoso, harian muy difícil para un sitiador
el construir puentes bastante cerca unos de otros para
asegurar el auxilio necesario. Los sitiados por otra
parte, pueden pasar fácilmente de una orilla á otra y
atacar al enemigo donde es mas débil. Si el enemigo

lograra atravesar el río, la guarnición, que podría ser reforzada desde Verona por el camino de hierro, tendría la probabilidad de poderle atacar por retaguardia y obligarle á dar la batalla en la posición más desfavorable. El gran inconveniente de Mantua es la naturaleza pantanosa de su suelo, la mala agua y la general insalubridad del país, que produce fiebres de todas clases. Desde luego los sitiadores sufrirían los mismos inconvenientes en mayor escala que la guarnición, puesto que esta última tiene excelentes casernas.

Las fortalezas de la línea del Adige son de diferente valor. En nuestro número anterior hemos dado la descripción de Verona en el ángulo Nordeste del Cuadrilátero, y no necesitamos insistir acerca de sus ventajas.

Legnano, un poco más distante de Mantua que esta última lo está de Peschiera, es una plaza pequeña; unos 4,000 hombres bastarían para guarnecerla. Las fortificaciones son, sin embargo, muy considerables, y la plaza es de importancia, porque defiende el paso del Adige, que aquí es bastante ancho. Campos inmensos de arroz se estienden á lo lejos hacia el Sudoeste y están atravesados por algunos caminos.

VIAJE A MATAMOROS.

(CONCLUSION.)

Tomamos el capitán y yo asiento en uno de los carruajes que cruzaban por todas partes, é indicamos al cochero la ruta que deseábamos emprender. Una fila extraordinaria de coches y tartanas, seguía el mismo camino, y otra venía en dirección contraria. Dos individuos treparon á nuestro carruaje, con una franqueza verdaderamente republicana, y nos enteraron de ciertos detalles históricos de aquella localidad. Pocos años antes de la época á que nos referimos, por uno de esos cambios de gobierno tan frecuentes en Méjico, la mayor parte de los habitantes de Matamoros habían emigrado á Brownsville, verificándose el fenómeno inverso del que tenía lugar en aquel día. Y era muy frecuente aquella variación de domicilio, cuando se querían burlar la acción de la justicia ó las venganzas de partido.

En el camino vimos grandes depósitos de algodón y varias prensas destinadas á disminuir el volumen de las pacas, para hacer más económico su transporte y su estivación más fácil. No había brazos ociosos en aquel momento; el cebo de las fabulosas ganancias que el trabajo reportaba, era un aliciente, si bien poco duradero, hasta para el natural indolente de los mejicanos, á pesar de ser en su mayor parte extranjeros los que veíamos ocupados. Sin embargo, algunos habitantes del país trabajaban, lo cual era un triunfo notable conseguido por el buen ejemplo.

Quedé por un momento suspenso, cuando me encontré en la ribera del río Grande, en frente de la ciudad de Brownsville y teniendo á mis espaldas á Matamoros. No por el aspecto notable de aquella población, que es digna compañera de la segunda, ni por lo pintoresco del paisaje, sino por el espectáculo extraordinario que ofrecía todo un pueblo, trasladándose en un mismo día de una margen á la otra del río, con todos sus enseres, temeroso de la aproximación de los federales. Cuantos carruajes había disponibles en las inmediaciones, cuantos medios de locomoción podían emplearse, todos prestaban sus servicios á un mismo tiempo. Barcas de todos tamaños, pequeños vaporcillos, formaban una escuadra numerosa y activa, que pasaba y repasaba de una orilla á otra, sin descanso y sin desperdiciar un solo minuto, cargada de mercancías, de muebles, de personas y de algodón. Se habían improvisado balsas, y lanzado maromas de una á otra margen, sujetas á las cuales flotaban las preciosas mercancías, y agotados todos esos elementos de transporte, el comerciante que no encontraba manera de salvar su algodón de manos del enemigo, lanzaba al agua las pacas con un impulso violento, esperando con paciencia su llegada á la margen opuesta, donde un dependiente suyo iba amontonando el averiado género, cuyo valor disminuía considerablemente en aquella inmersión, y conformándose con perder una parte de su capital antes que verlo todo en poder de los invasores. Mujeres, hombres y niños cruzaban sin descanso, viéndose retratados en sus semblantes la contrariedad y el temor que experimentaban. Era un cuadro curioso, pero triste. Los boteros únicamente daban muestras de satisfacción, pues era un día de ganancias fabulosas. La codicia había impuesto sus leyes y la necesidad las sancionaba. Amontonado en ambas orillas, cada casa exhibía en aquel momento su esplendor ó su pobreza. Algunos se desesperaban faltos de recursos para salvar su hacienda, y otros más afortunados ó diestros, viendo todas sus propiedades en territorio mejicano, contemplaban con más tranquilidad el espectáculo. Todos los edificios de Brownsville se habían vaciado: la población entera iba á quedar desahogada. Sin embargo, los inmensos depósitos y las gruesas murallas de algodón, que á manera de baluartes se elevaban en sus inmediaciones, no po-

dian ser transportados. Faltaban brazos que derribasen aquellos muros, y barcas que los condujesen á Matamoros. Algunas familias iban á quedar sumidas en la miseria, y muchos comerciantes, que días antes calculaban con placer el aumento progresivo de los precios, y el resultado probable de su especulación, veían reducidos á la nada sus cálculos, y su capital convertido en humo. La escena se prestaba á la meditación, por sus consecuencias; pero el ruido, la novedad, el movimiento, aquel supremo esfuerzo de actividad, ahogaban la reflexión, seducían la vista, mareaban, suspendían el ánimo, dominando á los pensamientos las impresiones.

Atravesamos el río en una lancha que apenas atracó se vió invadida por más gente de la que podía soportar, y ganamos la orilla. En el interior de Brownsville, la confusión era mayor que en las inmediaciones del río, pues además del natural desorden de aquella colosal mudanza, cruzaban por las calles partidas de ginetes confederados, con revolver en mano, ébrios la mayor parte, y esperando la señal de retirada, en un estado completo de desorganización, por cuyo motivo abandonamos la capital de Tejas, donde no nos considerábamos muy libres de un atropello.

Era inútil buscar á nadie entre aquellas oleadas de gentes, que preocupadas con su crítica posición, apenas contestaban á las preguntas que se les dirigían. Cada cual atendía á su negocio y cuidaba de sus intereses, sin reparar en los que le rodeaban. Allí solo imperaba el más profundo egoísmo, y pensando en la propia, ninguno se compadecía de la desgracia ajena.

Vagábamos de una parte á otra sin rumbo fijo, recorriéndolo todo, cuando á eso de las tres de la tarde, hallándonos en un carruaje, en compañía de un músico que tocaba con entusiasmo el himno de los confederados, una horrible detonación conmovió todas aquellas cercanías. El caballo se detuvo asombrado, el cochero se precipitó de su asiento, el músico se lanzó al suelo, el capitán sobre el músico, y yo, siguiendo el mismo ejemplo, caí sobre el capitán. Una nube de polvo y humo, invadió el aire; fragmentos de paredes y de vigas saltaron en todas direcciones, y la multitud espantada vaciló un instante; después se oyó una inmensa gritería, y una desbandada general, de carruajes y personas, aumentó la confusión, produciendo un efecto pavoroso é indescriptible. El general confederado, cuyo nombre ahora no recuerdo, antes de abandonar la población, había mandado volar un edificio que servía de cuartel, para que no cayese en poder de los contrarios; pero se había ejecutado la orden sin precaución alguna, en medio de aquella muchedumbre, y con ese desprecio del individuo, que demostraba claramente que nos hallábamos en la república modelo. Las desgracias debieron ser enormes, pero la Providencia dispuso que al descender aquellas masas desprendidas á la explosión, no causasen sino daños muy leves. Pero la sorpresa y el temor de que aquellas voladuras se repitiesen, produjeron el pánico consiguiente. Hombres, mujeres, niños y carruajes, corrían sin saber hacia dónde, huyendo sin calcular de qué, y en una agitación extraordinaria.

Subimos otra vez al carruaje, y en un momento nos encontramos oprimidos bajo el peso de cuatro mujeres que habían saltado dentro del coche, sin reparar que estaba lleno, y nos abrumaban con sus gritos y con su humanidad nada ligera. Una de ellas se desmayó sobre mí y sujetándola como pude, y sosteniendo á otra que se escurria de su asiento, entramos á galope en Matamoros en una situación tan cómica, que no podían contener la risa cuantas personas encontrábamos en la huida.

Aquella misma noche fuimos á recorrer el sitio de la catástrofe. Algunos soldados mejicanos cuidaban de mantener el orden y evitar el pillaje; las gentes se habían ido poco á poco retirando, y en una extensión dilatada, se distinguía el resplandor de algunos millares de pacas de algodón que las tropas del Sur habían incendiado al retirarse. Muchas personas, quizá los dueños de las mercancías, procuraban contener el fuego, y estaba la noche tan triste, era tan imponente aquella escena, que con dificultad se borraría de mi memoria.

Dos ó tres días después las tropas federales tomaron posesión de Brownsville, sin cometer desórdenes, y en un estado de perfecta disciplina, dicho sea en prueba de imparcialidad. Muchas veces crucé por su campamento sin ser jamás molestado, y me entretenía en verlos preparando su comida en pequeños grupos. Su aspecto era bastante militar, y se hallaban muy bien uniformados.

Con aquella invasión de gentes, las fondas y las casas de Matamoros se veían atestadas de familias que se diseminaban poco á poco hacia el interior de Méjico. Un día al levantarnos, notamos con sorpresa un movimiento desusado en la población; cañones en algunas boca-calles, y centinelas que daban el *quién vive* á los transeúntes. Creíamos que los federales habían pasado el río, y se difundió la mayor consternación entre los emigrados; pero la causa de aquellas precauciones militares eran otras.

El general Cobos, español, al servicio de la república de Méjico, de acuerdo con algunas de las princi-

pales personas de Matamoros, había entrado aquella noche en la ciudad, apoderándose del gobernador y demás autoridades. Dicho general pertenecía al partido reaccionario, y en aquella parte de Méjico dominaban los elementos liberales. El cambio de gobierno era radical, y se notaba gran inquietud en los ánimos.

Pocas horas después, circuló una noticia extraordinaria. Un piquete de soldados escoltaba al general Cobos, que iba á ser fusilado. La gente, sin acabar de creer nueva tan sospechosa, acudía, sin embargo, á cerciorarse del hecho al lugar donde se decía que la ejecución iba á verificarse. Seguí al pueblo por curiosidad, y pude cerciorarme de la exactitud de la noticia.

Cuando el desdichado Cobos se creía dueño sin resistencia del Estado, se dirigió al Ayuntamiento en unión del hoy general Cortina, que le dijo, según se contaba en público, que aguardase en la puerta un solo instante. Al poco rato salió un oficial al frente de un piquete, y acercándose á Cobos le dijo que tenía orden de fusilarle. El general conoció que había sido engañado, y que era inútil la resistencia. Marchó con paso firme y ademán altivo, seguido de los soldados, y al llegar al sitio destinado para su muerte, con voz serena dió la voz de fuego y cayó acribillado de balazos. También fue fusilado con él un extranjero, cuyo nombre nadie supo decirme.

Me retiré conmovido ante aquel triste espectáculo, haciendo reflexiones sobre la pequeñez humana, y lo variable de la fortuna, que había conducido á una muerte oscura y sin gloria, al hombre á quien las balas habían respetado en un largo período de combates.

El pueblo, que caminaba silencioso, sin duda hacía las mismas reflexiones, pues se veía reflejado un mal-estar profundo en todos los semblantes.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMON.

EL DOCTOR LIVINGSTONE.

Este célebre viajero nació en Escocia, de una familia pobre. A la edad de diez años le enviaron á una fábrica, y con parte del jornal que en la misma ganaba pudo adquirir, en las horas que le dejaba libre el trabajo, los rudimentos de latín, en que llegó á perfeccionarse, alternando este estudio con la lectura de todos los libros que hallaba á la mano, y con especialidad los científicos y los de viajes. La lectura de los libros religiosos, y sobre todo de la *Biblia*, aumentó los sentimientos de caridad en él ingénitos, y movido de este espíritu resolvió consagrar toda su vida al alivio y consuelo de la miseria humana, esperando que el hacerse soldado de Cristo en la China podría redundar en beneficio de alguna parte de aquel vasto imperio, á cuyo fin se proporcionó también los conocimientos de medicina, botánica, y en fin, de ciencias naturales, que tan útiles habrían de serle cuando pudo llevar á cabo su empresa.

Livingstone hubiera conseguido su propósito de ir á China como misionero médico, si algunos amigos no le hubieran aconsejado que ingresara en la Sociedad Misionera de Londres, cuyo objeto era llevar á los gentiles la luz de la verdad evangélica. Presentóse, en efecto, á ella, y admitido como licenciado en medicina y cirugía, se consideró en aptitud de realizar su empresa.

Pasado algún tiempo, y después de ampliar en Inglaterra sus conocimientos teológicos, se embarcó para Africa en 1840, arribando á la ciudad del Cabo á los tres meses de navegación. Los trabajos que este héroe de la caridad y de la ciencia pasó en la exploración de aquellos países, los datos con que enriqueció la ciencia, los beneficios que prodigamente derramó en torno suyo, ora con sus predicaciones religiosas, ora por medio de la instrucción de tribus y pueblos sumidos en las tinieblas de la ignorancia, ocuparían volúmenes enteros: baste, pues, á nuestro propósito esta breve idea del hombre benéfico é ilustrado, cuyo retrato damos en el presente número de EL MUSEO.

VIOLETA

PARA LA CORONA DE ZORRILLA.

Venid á oír en dulces armonías
las sabrosas historias de otros días.

.....
(Zorrilla.—CANTOS DEL TROVADOR.—
Introducción).

Creíme olvidado aquí.

.....
(Carta de Zorrilla, en su regreso
de América, á Pedro de Alarcón.)

Desecha vanos temores;
no, para España no has muerto;
bien te lo dice el concierto
de todos sus trovadores.
Tu senda cubren de flores
de una orilla á la otra orilla;
y una corona sencilla,

que su fiel cariño marca,
te ofrecen ¡oh patriarca
de los bardos de Castilla!

Ave también de llanura,
junto á la tuya nacido,
escuché pronto en mi nido
de tu nido la voz pura.
Encántome su dulzura,
y con infantil anhelo
de alcanzar tu raudó vuelo,
yo aquella voz repetía
que venir me parecía
de lo más alto del cielo.

El tiempo andando, partí,
como tú, de mis hogares,
y el eco de tus cantares
en campo y ciudad oí.
¿Cómo olvidarse de tí,
si eres la memoria viva
de aquella nación altiva
que, en paz ora y ora en guerra,
de las glorias de la tierra
las más sublimes archiva?

Pensativo y solitario,
tú al panteón descendiste
do yacías en sueño triste
todo un mundo legendario.
Estremeciósese el osario
al rumor de tus pisadas,
y, por tu acento evocadas,
con la vida que vivieron
las sombras comparecieron
de las edades pasadas.

En los lechos sepulcrales
habla la estatua de piedra;
brotan, con manto de hiedra,
los torreones feudales.
De las viejas catedrales
respiramos el ambiente,
y tu inspiración valiente
con rasgos de fuego traza
la historia de nuestra raza
unida con la de Oriente.

Y así en largas procesiones,
de tu arpa al sonido blando,
iban pasando... pasando
castellanas é infanzones.
Con los cristianos leones,
el que lucha por Mahoma;
entre músicas y aroma
sultanas en cautiverio,
y en la paz del monasterio
de Dios la casta paloma.

Torneos, zambras, locura,
virtudes, crímenes, glorias,
ya peregrinas historias,
ó ya tradición oscura,
á todo tal hermosura
dió tu pincel soberano,
que en aquel tiempo lejano
vivir yo querido hubiera,
si más grande que él no fuera
nuestro siglo, y más cristiano.

Con pasmo tu obra admiré,
belleza suma la abona;
tiene la Cruz por corona
y por cimientó la fe.
En ella el punto se ve,
ella señala el lindero
donde acaba el *Romancero*;
y al pie, inclinada la frente,
la España de hoy, tristemente,
está esperando su Homero.

Lo tendrá; signos fatales
anuncian su decadencia,
mas no el fin de su existencia;
los pueblos son inmortales.
Su sangre vertió á raudales
en propias tierras y estrañas,
que aun admiran sus hazañas;
pero del tiempo pasado
aun guarda fuego sagrado
en lo hondo de sus entrañas.

Tú del capullo feudal
la trama rompes añosa,

y sale la mariposa;
tu leyenda; su ideal.
Pues de aquel fuego vital
saldrá la joven leyenda;
es ley, de progreso prenda:
tras cada siglo que cae,
el naciente siglo trae
también su ideal, su ofrenda.

¡Bardo errante, noble hermano,
que, en alas de amor profundo,
vuelves hoy del Nuevo Mundo
á tu solar castellano!
El niño, el mozo, el anciano,
y la dama y la pastora,
éercante en rueda sonora:
el canto esperan divino
que recogió el peregrino
en las tierras de la aurora.

Venga luego, y otro en pos;
el corro te escucha; así
sabremos qué fue de tí
por esos mundos de Dios.
No es un amigo, ni dos,
quien aquí tu nombre aclama;
es.... todo el pueblo que te ama:
permite, pues, ¡oh poeta!
que también mi violeta
lleve al altar de tu fama.

Setiembre 24 de 1866.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

Un caballo de vapor designa en la industria una fuerza capaz de levantar en un segundo un peso de 75 kilogramos á la altura de un metro: de modo que, según el cálculo más generalmente admitido, un caballo de vapor representa la fuerza de tres caballos de tiro; y como la de cada uno de estos equivale, por término medio, á la de siete braceros, un caballo de vapor tiene tanta fuerza como 21 braceros. Multiplíquense por 21 los 3 630,000 caballos de vapor que se explotan en Inglaterra, y resulta que equivalen á unos 76.000,000 de braceros. De cada cuatro personas, sólo puede contarse, á lo más, un hombre de trabajo, pues hay que descontar las mujeres, los niños, los ancianos, los valedudinarios, etc., y de aquí se sigue que 76,000,000 de braceros representan unos 300.000,000 de habitantes, esto es, más de los que tiene toda Europa.

Al hacer un pozo en California, se ha hallado á 150 pies de profundidad, y después de atravesar cinco capas de lava ó materias volcánicas y cuatro depósitos de arenas auríferas, un cráneo humano, casi completo, y muy parecido por su configuración á los de los indios que hoy habitan en aquellos países. Si el hallazgo es auténtico, no deja de tener importancia, porque acredita la existencia del hombre antes de verificarse los grandes levantamientos volcánicos que han erizado la superficie del globo. Parece que se van á continuar las indagaciones en el fondo de dicho pozo.

El 1.º de enero de 1866 ascendía el número de buques de vapor con que cuenta la marina inglesa á 2,628, con 803,449 toneladas, sin la máquina. En 1.º de enero de 1865, sólo era de 2,041 buques, con 676,247 toneladas sin la máquina; de manera, que en un año ha aumentado en 227 buques y 127,202 toneladas de registro.

De estos buques, uno está construido todo de hierro, 1,822, de hierro y acero fundido, 23, de acero fundido, y 780, de madera. Son de hélice 1,086: de hélice y ruedas, 1,536: sin ruedas ni hélice, 3: con máquina sobre el puente, 2. El vapor de hélice y ruedas es el *Great Eastern*, que hasta ahora no tiene rival.

El producto total de los pozos de petróleo americano, en 1865, ha sido de 2.315,000 barricas, ó sean 6,500 barricas por día. Hasta mediados de julio de este año, el producto diario ha sido de unas 10,000 barricas.

Mr. Sydney Morse, de Nueva-York, ha inventado un instrumento destinado á medir exactamente las profundidades, dándole el nombre de batómetro. Arrojado desde un buque, corta el agua con la rapidez de una bala, volviendo á aparecer en la superficie apenas ha llegado al fondo, pudiendo leerse sobre la escala unida al mismo la distancia vertical que ha recorrido, con la misma facilidad que se leen los grados atmosféricos sobre el termómetro.

El siguiente episodio, de que fue testigo presencial en el combate de Trafalgar un anciano, á quien la memoria del desastre ataca todavía sus nervios é irrita su bilis, es una prueba más de la admirable sangre fría que en todos tiempos ha distinguido al soldado español. A un marino de nuestra escuadra le llevó una bala de cañón la pierna derecha, que quedó pendiente de su cuerpo tan sólo por un pedazo de piel; y sin que la violencia del choque le hiciera perder el equilibrio, se aproximó como pudo á la banda de babor, y desde allí, con voz reposada y natural, se dirigió á un compañero, con estas palabras: «bájame á la escotilla, que estoy herido.» El compañero, ocupado en sus manobras y distraído con las peripecias de tan sangrienta jornada, ni siquiera se fijó en el herido, hasta que este, incomodado de lo que creía indiferencia de su compañero, de un tiron desprendió su pierna del cuerpo y la arrojó á las espaldas del otro, denostándole bruscamente en estos términos: «Gran bárbaro, ¿no te dije que estaba herido?» Este digno émulo de Churruga ha poco más de un año que falleció.

MAL DE OJO.

(CUENTO)

Al mediar una hermosa mañana del mes de Mayo de 1563, bajo un sotechado cubierto de verdor, en el patio de su propia casa, platicaban quietamente Anton Prieto, pañero en Madrid y en su calle del Meson de Paños, y Mari-Soto, su conjunta y legítima esposa por ante el vicario de la parroquia de Santiago Apostol, de que eran feligreses y naturales.

Domingo corría, y callaban los telares de maese Prieto, que sobre su mucho amor y respeto á los preceptos de nuestra madre la Iglesia, temía caer en la sospecha de la santa general Inquisición, en aquel entonces muy vigilante y cuidadosa por librar á Castilla y toda España de los males que habían traído sobre el común de los fieles de la católica cristiandad las doctrinas esparcidas por un tal Lutero y otros que le siguieron y aun le precedieron.

Anton Prieto maldecía de muerte á los herejes, vivía en el santo temor de Dios, en la ventura apenas interrumpida de su buena Mari-Soto, y en el cuidado de su hija Blasa, que á la sazón peinaba cabellos de muy bien sus diez y ocho primaveras.

Y aparte los dolores que sufría la casa del Señor, Blasa era la única pena que tornaba en parte amarga la existencia de maese Prieto.

Desde 1561, en que definitivamente asentó la corte en Madrid, los telares de Anton crujían siempre, si no en los días de fiesta, de que resultaban muy abultadas piezas de paños *tametes y berbies*, como habían dado en llamarles, con gran descontentamiento de los señores procuradores del Reino; los cuales paños, vendidos á cuatro ducados la vara en siendo *veinte y seisen*, y á más baja tasa según que eran de menor calidad, producíanle al buen Prieto grande adelanto en su interés y hacienda.

Con que habría llevado muy á placer la vida en este miserable valle de lágrimas, sin el disgusto de Blasca. Y no es que la hija de Anton fuese de las que por aquellos tiempos se usaban, y de que aun no se ha perdido la ralea, cascabelerillas y desenfadadas, más amigas del galanteo y de la reja que de las buenas obras; ni tampoco era necia en ninguno de los sentidos en que la necesidad se muestra. Bien al contrario, sobrabanle recato y discreción; pero no menos le sobraban su poco de joroba, su tanto de torcedura en las piernas y más de su tanto de fealdad en el rostro, que, en verdad lo digo, era cosa de dolerse el verla.

Anton y su mujer hubieran de buena gana cedido un par de miles de ducados por trueco de alguna gentileza para su hija, pero como la hermosura es cosa que no se compra, aunque hay muchas que venden su hermosura, Blasa Prieto seguía tan corcobadilla, tan patizamba y tan fea como la dejó un mal de ojo que decían que la hizo una cierta mujer del arrabal, con la que tuvo ó no tuvo allá en sus mocedades algo que entender el buen pañero, y que luego andaba celosa de Mari-Soto.

Tales eran, á tiempo que platicaban Anton y su esposa, las únicas aflicciones de que se dolían; y esto porque vian á la infelice Blasca perder la color y el apetito, sin que bastase á curarla el acero que tomaba por consejo del doctor Romano, cirujano del Reino por aquellos días, ni los paseos á la casa del Campo, en que tenía Prieto franca entrada por favor de un escudero del señor duque de Pastrana, mayordomo mayor de su magestad.

De Blasca y no más que de Blasca hablaban en el domingo de mayo de 1563 á que se refiere más arriba esta verdadera historia.

—En mi ánima, decía Anton Prieto, que si la rapaza no anda enamorada de algún barbilindo, que no sé, ni sabrá toda la facultad de Alcalá, qué tenga y la aqueje.

—¿Eso pensáis, marido? replicaba Mari-Soto; ¡que

mi Blasa quiera galan! Háseos venido á la cabeza el argandeño, Anton.

—¡Mas que la moza no ha de tener su poco de alma! añadia el pañero. ¡Figuráseos, mujer, que en los diez y ocho años no hay deseos ni esperanzas, puesto que sean aquellos corcobados y contrahechos! Holgárame yo de veros en el pellejo de Blasa, y que un día tras otro viéredes pasar á un galancete, mozalvillo, pisando de punta, copeti-erguido, arrastrando espada, seguido de paje, estirado de cuello y mas lozano que el prado de Sant Hierónimo, y entonces si amor os habia picado en las entretelas del corazón, y no érais, como no habeis sido, con perdon vuestro, ni dama ni hermosa, veros el rostro, y la color, y el sentimiento; y á fé que si de hallaros asi me lastimabais, no me dijérais que fue culpa del argandeño, bachillera.

—¿Y quién es causa, marido mio, de la fealdad y corcobadura de Blasa? dijo á la sazón Mari-Soto, mas hosca por lo de haberla negado la hermosura Prieto que por lo del llamarla bachillera. Escupid al cielo, caeros há en la faz. ¿No tuvistes galanteos pecadores con aquella desvergonzada del arrabal, que hizo mal de ojo á vuestra hija? Llorad ahora travesuras; llorad desastres; llorad congojas. Lastímese ahora en su hija de lo que hizo en sí propio cuando mozo.

Y á este mismo tenor seguia mostrando sus trasnochados celos la ofendida pañera, y hubiese continuado hasta las ánimas, si no la atajara su marido con un juramento de los de marca, que no solia echarlos, sino cuando Mari-Soto le recordaba lo de aquella piltrafa del arrabal y el hechizo ó endiabladura de su Blasca.

—Básteos ya de mormuraciones y comadrerías, dijo á su mujer el pañero. De dar habreis á la postre en el Santo Oficio, si mas prosiguiéredes en tan erradas creencias como esas de los hechizos que decís que han hecho á la muchacha. Hubiérais de ella mas cuidado cuando niña, en lugar de andaros en cas de las vecinas, mormullando de si el estudiante, de si el escribano, de si el mercader y el escudero esto tienen ó esto hubieron tenido con aquella ó esotra buscona, y juro á ños que Blasca estuviera hoy derecha como no anduvisteis, y hermosa como un regalo. Que lo contrahecho, el Señor no me salve si no fue de alguna gran caída que, por culpa vuestra, dió mi Blasa en dejándola desamparada.

—Miren el dotor, y cómo se apea de la mula, gritó Mari-Soto ya casi fuera de sí. ¡Por cuanto que su mujer malaventurada fue la causante de tamaño mal! ¡Háse visto tal cosa? Golpeó en la piedra y ha dado lumbré. ¡Qué maestro en zurujía, ni qué bachiller de prima os van á la mano! ¡Pecadora de mí, que nunca supe conoceros la cencia! No, si no poneos un sayo de camelote, y una gorguera, y un sombrero grande alitendido, y vaisos por ese mundo adelante dando melecinas y receptando ingüentos y vendiendo aceites, que ni los de maese Aparicio de la Zubia.

Ibase á levantar Anton Prieto para replicar á su mujer, y aun creo que ya levantada tuvo la mano para mejor convencerla, cuando la puerta adentro del corral, vido á Blasca que venia agarrada á la mano de un gentil mancebo, como de sobre veinte años de edad, en hábito de menestral y mediano porte en el vestir, aunque la presencia era gallarda y aseada. Venia la jobada patrenqueando, pero mas de priesa que nunca; con su fardel de por vida á la espalda, como quien se echa atrás las penas, y con su pecho sacado como coraza de Milan, pero alegre como el mayo, y tan encendida, tan otra en la color de como era, que parecia haberse trocado la cara de cera en cereza. Los ojos, que Blasa tenia grandes y hermosos, y que eran la sola belleza de su cuerpo, traia alegrillos y retozones, con los que miraba al mancebo tan amorosa y tiernamente como si en el tal tuviese puesto todo su contento. Nunca jamás como entonces habíase hermoseado la fealdad de Blasca.

Observólo el padre, miró á la moza, luego al galan, y dando una gran risada:

—Caí de mi asno, se dijo. ¡Necio que fui; curada está Blasa, asi Dios me salve!

Y llamando al mancebo:

—Mira, Dieguillo, hijo, añadió, toma la capa, salte á la calle, echa por las Platerías y los portales de Guadalajara, cruza la plaza del Arrabal y da contigo



EL DOCTOR LIVINGSTONE.

en el de la Santa Cruz, sin pararte á do están los pícaros de las carnicerías, que son mala gente y tú poco diestro en huir y entender sus bellaquerías. Pregunta allí por la casa del alguacil de villa, Tello Jaraba, y decirle has de mi parte que he menester la casa despues de Sant Juan, y que busque otra en que se aposente y viva, que la en que al presente mora y es mia, heredada de mi padre (que santa gloria haya), héla, como te he dicho, menester para el tiempo que te digo. Anda, hijo, haz bien el recaudo, y daréte luego un real para que te solaces en el campo de la Tela con los de tu clase.

Salió el mozo, y quedó Anton Prieto mas alegre que damas del partido.

II.

—¿Qué le ha dado á tu padre, hija? preguntó Mari-Soto al cabo de algun espacio. Sin seso está, ó con él no me le deja el vino que enantes bebió conmigo para solenizar el alza de los paños.

Y Anton Prieto de saltar y reir, y de abrazar y besar á la jibosa, cantando *La bella mal maridada*. Blasca dejaba hacer al pañero, y figurábasele que aquello no era por mal, bien que la ausencia de Dieguillo la tuviese un tanto desconsolada; que, en verdad, menester era ser ciego para no ver lo que á la hija de Anton aquejaba, y para no conocer que algo habíala acontecido en aquella mañana, pues que de tal suerte estaba gozosa la corcobadilla.

Y sucedió como voy á decir: estabase la buena de Blasca á la puerta de su casa regocijándose en ver las hermosas damas y sus galanes; arrastrando aquellas mucho terciopelo y brocado, luciendo mucho manto de soplillo, enseñando mucho guante adobado y mucha cadena de oro y muchas mangas, cofias, tocados, gorgueras y jubones de punto de aguja, de oro y plata; gallardeando estos con mucha calza de seda, mucho calzon acuchillado y colete guarnecido, ambos de terciopelo, mucho capote de raja con pasamano de oro y mucho sombrero con trenzas y plumas; que aun el señor rey D. Felipe el II no habia ordenado publicar la pragmática para poner remedio y proveer cerca del esceso y desórden que en lo de los trajes y vestidos en estos reinos habia, conforme teníanlo pedido los procuradores que á las Cortes en aquel mesmo año de mi historia vinieron.

Pecaba mas de un poco de envidiosa la hija del pañero, puesto que, como dije, era discreta y temerosa de Dios: y esto bien claro se muestra que era por causa de su figura, que, en verdad, le ponía desesperacion y disgusto. De aquí siguió para la rapaza un odio perpetuo á todas las mujeres que no fuesen su madre; y creció á tal punto este aborrecimiento, como mas adelante se verá. Estabase, á lo que digo, mirando aquellas her-

mosas criaturas de Dios, para quienes la mesma belleza era causa de perdimiento, á tiempo que acertó á llegar á la casa el mancebo á quien Prieto llamaba Dieguillo, y que era aprendiz de tejedor de paños en los propios telares de maese Anton.

Era Diego un mozuelo simple y poco menos de bobo cuando, diez años antes, muerta su madre, que padre no le conoció, fue recogido de caridad por el pañero, quien desde entonces, por su bondadoso natural, quisole cuasi como á hijo. Creció á par de Blasa, y no en maldades, como suelen los muchachos en los oficios de menestrales, que con el ejemplo de los mayores y su desenvoltura, hácese maestros en la truhanería antes que en el arte para que son criados. Cobróle igualmente grande afición Mari-Soto, porque servíala en ciertos recaudos y menesteres de la casa, y era muy humilde, y nada chismoso, y ni daba ocasion de que le riñesen, ni cuando lo hicieran replicaba.

Con el tiempo vino á ser el huerfanico un mancebo dulce como unas mieles, gallardo como un caballero, limpio como un enamorado y hermoso como el favorecido de aquella diosa de la belleza, á quien ya entonces comenzaban de cantar los poetas de concepto. Queríanle todos, y mas que todos Blasca; y ya éste le daba un sayuelo, ya el otro una caperuza nueva, ya aquel dineros para un par de zapatos, ya la misma jibosilla haciale unas medias calzas de punto de lana morada, ya maese Anton se corria con un buen pedazo de raja á manera de segoviana para una

capilla; con todo lo cual iba el mozo harto galan, que á mas de tres doncellas hacia tornar los ojos y aun el entendimiento cuando acompañaba á Mari-Soto hasta el convento de Santa Clara, en donde la pañera tenia una parienta profesa, que tambien regalaba á Diego con el medio pastel, ó el platico de conserva, ó los buenos albarcoques de la huerta del convento; tal enamoraba aun á las santas madres del monesterio.

Mas para Diego tanto daban las doncellas de la señora condesa de Lemus, que moraba allí cercana á la casa de Prieto, las que solian llamarle como por trueco y yerro para que algo las galantease, puesto que luego se burlaran dél; como la mujer dudosa de cierto escudero, que vivia junto á la Cárcel de la villa en el frente de las Platerías, y que de continuo ofreciale buena fortuna y notable arrimo, si fuese servido de servirle con su amor; como las mozas levantiscas que asentaban en la casa del licenciado de la Cadena, hácia la Cava de la Puerta del Sol, y que por su condicion estaban á merced de todo pasajero, siempre que hubiese algunos reales en su bolsa.

Blasca le queria; pero Diego era ignorante de la voluntad de la corcobada, bien que hubiese observado que ésta le distinguia de sus otros camaradas de telar, que le miraba con sus grandes ojos negros, y que cuando tornaba del convento de Santa Clara, á donde tambien la hija del pañero solia hacer sus visitas, traiale algun regalillo y dabásele á escondidas de maese Anton. Y hasta vido en una ocasion Diego cómo la enamorada Blasca mordió prestamente en un pedacico de cierta empanada con que le regaló, y que es manera discreta y decorosa que de besarse tienen los que bien se quieren, porque ansi ponen los labios en un sitio mesmo y porque en trazas tales son maestros y doctores.

Aconteció, pues, como digo, que Diego llegó á donde la jibosa estabase viendo pasar á toda la gentileza de Madrid.

—¡Guárte Dios, Blasca! la dijo el mancebo.

—Y á tí, Diego, mil años, replicó la corcobada, á quien desde que vido al jóven se le coloreó la faz.

—¿Esperas? preguntó Diego.

—¿A quién hé yo de esperar, si no es la muerte? respondió en tono malencónico la pañera.

(Se continuará.)

FEDERICO VILLALVA.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO DEL NÚMERO 40.

Pájaro seas y en poder de niños te veas.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPÁR.
IMPRESA DE GASPÁR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 4.